

# EL EVANGELIO EN LA CREACIÓN



Ellet Joseph Waggoner

## Índice

Introducción	4
Primer día - CREACIÓN Y REDENCIÓN	7
Segundo día - LAS NUBES SON EL POLVO DE SUS PIES	25
Tercer día - LA PLENITUD DEL MAR	31
Cuarto día - EL FIRMAMENTO DECLARA LA OBRA DE SUS MANOS	42
Quinto día - PÁJAROS, PECES Y ANIMALES TERRESTRES	49
Sexto día - ¿QUÉ ES EL HOMBRE?	52
Séptimo día - REPOSAR CON EL SEÑOR	57

Los jóvenes necesitan comprender la profunda verdad fundamental de la declaración bíblica según la cual con Dios “está el manantial de la vida” (*Salmo 36:9*). No sólo es el Creador de todo, sino la vida de todo lo viviente. Es su vida la que recibimos en la luz del sol, en el aire puro y suave, en el alimento que fortifica nuestros cuerpos y sostiene nuestra fuerza. Por su vida existimos hora tras hora, momento tras momento.

{ ED 179.4; Ed.197.5 }

Original: *THE GOSPEL IN CREATION*

Autor: Ellet Joseph Waggoner

primera publicación: 1893

Citas bíblicas de LBLA, excepto indicación expresa.

(Traducción: [www.libros1888.com](http://www.libros1888.com))

Enlace de descarga en PDF:

[https://www.libros1888.com/Pdfs/EvangelioCreacion\\_EJW.pdf](https://www.libros1888.com/Pdfs/EvangelioCreacion_EJW.pdf)

QR para descarga en PDF:



## EL EVANGELIO EN LA CREACIÓN – INTRODUCCIÓN

### (ÍNDICE)

En *Romanos 15:4* el Espíritu de Dios, mediante el apóstol Pablo, pone el sello de aprobación sobre la totalidad del Antiguo Testamento al señalar el propósito por el que se escribió: “Todo lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las Escrituras tengamos esperanza” *Romanos 15:4*.

Cristo reveló claramente la razón por la que obtenemos consuelo y esperanza en las Escrituras. En su respuesta a los judíos aprobó divinamente el Antiguo Testamento, y de forma especial los escritos de Moisés: “Examináis las Escrituras porque vosotros pensáis que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”. “Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis sus escritos, ¿cómo creeréis mis palabras?” *Juan 5:39, 46 y 47*. Esta es la razón por la que podemos encontrar consuelo y esperanza en las Escrituras: Cristo está en ellas.

El Espíritu del Antiguo Testamento es el Espíritu de Cristo. Respecto a los antiguos profetas leemos que escudriñaban “qué persona o tiempo indicaba el Espíritu de Cristo dentro de ellos, al predecir los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían” *1 Pedro 1:11*.

Hay más: el Antiguo Testamento contiene el evangelio. En el versículo que sigue inmediatamente al citado leemos: “A ellos les fue revelado que no se servían a sí mismos, sino a vosotros, en estas cosas que ahora os han sido anunciadas mediante los que os predicaron el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo...” *1 Pedro 1:12*. Es decir: los profetas —Moisés entre ellos— ministraron las mismas cosas que los apóstoles predicaron, o sea, el evangelio. Dado que el evangelio de Dios es “acerca de su Hijo ... nuestro Señor Jesucristo” *Romanos 1:3-4*, y que los judíos debieron necesariamente haber creído en Jesús si hubieran creído a Moisés —pues Moisés escribió sobre Cristo—, se deduce que lo escrito por Moisés es el evangelio.

Lo primero que Moisés escribió bajo la inspiración del Espíritu de Dios es el relato de la creación. Por consiguiente, esa es una de las cosas mediante las cuales recibiremos consuelo y esperanza. ¿Por qué podemos recibir consuelo y esperanza en el relato de la creación? Porque ese relato contiene el evangelio. Una breve reflexión permitirá que el hecho quede establecido antes de proceder propiamente a su estudio detallado.

La declaración del apóstol respecto a que el evangelio “es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree” *Romanos 1:16*, es familiar para todo el que haya oído la predicación del evangelio. El evangelio es la manifestación del poder de Dios puesto en acción para salvar al hombre. Es en esencia lo mismo que expresa el apóstol Pedro cuando se refiere a la herencia reservada en los cielos para quienes

son “guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación” 1 *Pedro 1:5 (RV 1995)*.

¿Cuál es la medida del poder de Dios? ¿Dónde se lo aprecia de forma tangible? En *Romanos 1:20* leemos que desde la misma creación del mundo las cosas invisibles de Dios, su eterno poder y divinidad, “se han visto con toda claridad, siendo entendidos por medio de lo creado”. Por lo tanto, es en la creación donde todos han de ver el poder de Dios. Pero el poder de Dios puesto a la obra de salvar es el evangelio. Por consiguiente, la obra de la creación enseña el evangelio. Leemos en el *Salmo 19*: “Los cielos proclaman la gloria de Dios, y la expansión anuncia la obra de sus manos. Un día transmite el mensaje al otro día, y una noche a la otra noche revela sabiduría. No hay mensaje, no hay palabras; no se oye su voz. Mas por toda la tierra salió su voz, y hasta los confines del mundo sus palabras”.

Un poeta lo expresó así (adaptado de Addison):

*La remota bóveda celeste,  
de espejo azul, etéreo, inmenso,  
punteado de diamantes,  
proclama al Autor primero.*

*El sol incansable, día a día,  
esparce rayos del divino Hacedor  
y señala a pueblos y naciones  
el poder de su Palabra eterna.*

*Apenas se asoma el ocaso  
la luna retoma el relato,  
y de noche repite a la tierra atenta  
el eco de su principio.*

*Las estrellas que la ciñen  
y los astros que latiendo orbitan,  
anuncian en su viaje la buena nueva,  
y dibujan la verdad de polo a polo.*

*Rodean nuestro planeta opaco  
en majestuoso silencio de cielo.  
En sus trazos refulgentes  
no resuena voz humana.*

*Pero en atronador y sublime acento,  
en gloriosa aclamación,  
susurran al oído del alma:  
“ES DIVINA la mano que nos creó”*





El evangelio es el poder de Dios, y el poder de Dios se manifiesta en las cosas creadas; por lo tanto, el salmista se está refiriendo al evangelio que los cielos predicán.

Así lo confirma el apóstol Pablo en *Romanos 10:15-18*: “¡Cuan hermosos son los pies de los que anuncian el evangelio del bien! Sin embargo, no todos hicieron caso al evangelio, porque Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo. Pero yo digo: ¿Acaso nunca han oído? Ciertamente que sí: por toda la tierra ha salido su voz, y hasta los confines del mundo sus palabras”. El apóstol está aquí hablando del evangelio al que no todos han creído. Pero afirma que todos lo han oído, y cita el *Salmo 19* como prueba de que realmente lo oyeron. “Por toda la tierra salió su voz, y hasta los confines del mundo sus palabras”.

“Sus palabras” ¿respecto a qué? —Respecto al evangelio. Por consiguiente, estamos ante una afirmación categórica de que los cielos predicán el evangelio. No hay nadie tan analfabeto como para no poder “leer” el evangelio. Nadie hay tan sordo o aislado como para no poder “oír” la predicación del evangelio. Esa verdad se hará más evidente a medida que avanzamos.



## PRIMER DÍA: CREACIÓN Y REDENCIÓN

### (ÍNDICE)

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” *Génesis 1:1*. En esta breve frase encontramos resumida toda la verdad del evangelio. Quien la lee correctamente puede encontrar un consuelo inmenso.

Consideremos en primer lugar quién creó los cielos y la tierra. “Creó Dios”. Cristo es Dios, es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su Persona. *Hebreos 1:3*.

El propio Cristo afirmó: “Yo y el Padre somos uno” *Juan 10:30*. Fue él quien, en representación del Padre, creó el cielo y la tierra. “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” *Juan 1:1-3*. Acerca de Cristo leemos una y otra vez que “en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:16-17*.

El propio Padre se dirige al Hijo llamándole Dios y Creador. El primer capítulo de Hebreos aclara que Dios nunca dijo a los ángeles: “Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy”. “Pero del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos, y cetro de equidad es el cetro de tu reino”. Y dijo también al Hijo: “Tú, Señor, en el principio pusiste los cimientos de la tierra, y los cielos son obra de tus manos” *Hebreos 1:5, 8 y 10*. Por consiguiente, se nos da la seguridad de que cuando leemos en el primer capítulo de Génesis “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”, se trata de Dios en Cristo.

El poder creador es la marca distintiva de la Divinidad. El Espíritu del Señor, mediante el profeta Jeremías, señala la vanidad de los ídolos, para afirmar a continuación: “El Señor es el Dios verdadero. Él es el Dios vivo y el Rey eterno. Ante su enojo tiembla la tierra, y las naciones son impotentes ante su indignación. Así les diréis: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra perecerán de la tierra y de debajo de los cielos. Él es el que hizo la tierra con su poder, el que estableció el mundo con su sabiduría, y con su inteligencia extendió los cielos” *Jeremías 10:10-12*. Hizo la tierra por su poder y la estableció por su sabiduría. Ahora bien, “Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios” *1 Corintios 1:24*. Vemos aquí una vez más a Cristo conectado inseparablemente con la creación, siendo el Creador. Sólo reconocemos la Divinidad de Cristo cuando lo reconocemos y adoramos como Creador.

Cristo es Redentor en virtud de su poder Creador. Leemos que en él “tenemos redención: el perdón de los pecados”, debido a que “todo ha sido creado por medio de Él” *Colosenses 1:14 y 16*. Si no fuera el Creador, no podría ser el Redentor.

Eso significa simplemente que el poder redentor y el poder creador son el mismo poder. Redimir es crear. Así lo muestra la declaración del apóstol acerca de que el evangelio es el poder de Dios para salvación, a la que sigue inmediatamente otra declaración afirmando que el poder de Dios se pone de manifiesto mediante las cosas creadas (*Romanos 1:16 y 20*). Cuando consideramos las obras de la creación y pensamos en el poder manifestado en ellas, estamos contemplando el poder de la redención.

Ha habido una buena cantidad de especulación vana respecto a cuál es mayor: la redención o la creación. Muchos han pensado que la redención es una obra mayor que la creación. No hay virtud en tal cavilación, dado que ambas están únicamente al alcance del poder infinito, y no hay mente humana facultada para medir ese poder. Pero si bien no podemos medirlo, podemos resolver fácilmente la cuestión de cuál es el mayor, dado que las Escrituras nos proporcionan esa información: ninguno de los dos es mayor que el otro, puesto que se trata del mismo poder. La redención es creación. La redención es el mismo poder que operó al principio para crear el mundo junto a todo lo que hay en él, y que se pone posteriormente a la obra de salvar al hombre y a la tierra de la maldición del pecado.

Las Escrituras son muy claras al respecto. Así oró el salmista: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” *Salmo 51:10*. El apóstol afirma: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” *2 Corintios 5:17*. “Nueva criatura” implica una nueva creación. Y leemos también: “Por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” *Efesios 2:8-10*.

Comparadas con Dios, las naciones “son como nada, menos que nada e insignificantes” *Isaías 40:17*. En el hombre “no habita nada bueno” *Romanos 7:18*, pero el poder que al principio hizo la Tierra a partir de la nada, toma al hombre si este consiente, y hace que sea “para alabanza de la gloria de su gracia” *Efesios 1:6*.

Habiendo visto que Cristo —la Palabra, el Verbo— es el Creador de todas las cosas, y que él mismo redime por su poder creador, veamos qué dice la Biblia respecto a cómo creó. Aquí encontramos la respuesta: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. Él junta como montón las aguas del mar; él pone en depósitos los abismos. ¡Tema a Jehová toda la tierra! ¡Tiemblen delante de él todos los habitantes del mundo!, porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” *Salmo 33:6-9 (RVR 1995)*. Es maravillosamente simple. Bien podemos exclamar: “¡Qué palabra es esta!” *Lucas 4:36 (RVR 1995)*.

“Por la fe comprendemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” *Hebreos 11:3 (RVR 1995)*. ¿Cómo sabemos la forma en que fueron hechos los mundos? —“Por la fe”. La fe proporciona conocimiento. Esa es su obra especial. El conocimiento logrado



mediante la fe no es vago o incierto, sino el más absolutamente cierto de todos los conocimientos. De hecho, no existe un conocimiento real que no proceda de la fe. El conocimiento adquirido de cualquier otra forma es sólo especulación. El alma incrédula ve la fe como insensatez, pero el alma que cree sabe que la fe provee un fundamento sólido. Todo aquel que *cree* puede *conocer*.

Uno de los asuntos básicos en el mundo es el conocimiento del alfabeto. Está en el propio fundamento del aprendizaje. Nadie ridiculizará a un niño por decir que conoce las letras del alfabeto, y por afirmar categóricamente que, por más que se le discuta, una “A” es una “A”. No obstante, es sólo por la fe como conoce tal cosa. Nunca lo investigó por sí mismo. Simplemente creyó la afirmación de su instructor al respecto. El propio maestro aprendió el alfabeto de la misma forma: por fe. Nadie le hizo una demostración de que la “A” es una “A”. Tal cosa no habría sido posible. Si se hubiera negado a aceptar el hecho hasta que se le demostrara, nunca habría aprendido a leer. Tuvo que aceptarlo inicialmente por fe y, posteriormente, este se confirmaría verdadero en cualquier circunstancia. No existe conocimiento del cual el ser humano esté más seguro que el de las letras del alfabeto, ni tampoco otro que dependa tanto de la fe.

Tal como el niño aprende el alfabeto, así aprendemos nosotros las verdades de Dios. Quien recibe el reino de los cielos debe recibirlo como un niño pequeño. Por la fe aprendemos a conocer a Jesucristo, que es el Alfa y la Omega, el alfabeto completo de Dios. Quien cree la sencilla afirmación de la Biblia acerca de la creación puede saber con certeza que Dios creó los cielos y la tierra por el poder de su palabra. El hecho de que algún incrédulo lo dude y lo considere una necedad no sacude ese conocimiento ni demuestra que no sea verdadero, del mismo modo que nuestro conocimiento del alfabeto no se ve afectado ni refutado por la ignorancia de otra persona.

“Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y todo su ejército *por el aliento de su boca*” Salmo 33:6. En la revista *The Century Magazine* de mayo de 1891 se publicó una descripción muy interesante sobre la producción de figuras de voz. El artículo llevaba por título “Sonido visible”. La señora Watts Hughes había ideado un dispositivo sencillo para representar gráficamente los sonidos vocales. Consistía en una membrana elástica tensada horizontalmente sobre un soporte de forma circular, cóncavo hacia arriba y con un orificio en su base, al cual llegaba el sonido mediante un tubo situado debajo, que estaba conectado en su otro extremo a la boca del cantor. Sobre la membrana se esparcía arena o polvo fino. Se observó que, en respuesta al sonido, el polvo se agitaba suavemente por las vibraciones de la membrana en correspondencia con la voz, variando según su altura e intensidad. Ese era el resultado esperado, pero lo asombroso fue que en cada caso la agitación de las partículas creaba una forma que se asemejaba a la de alguna planta o flor, o incluso a la de ciertos organismos animales inferiores. Se puede observar algo parecido en tiempo frío al proyectar el aliento sobre el cristal de una ventana que da al exterior.



Se vio que si se empleaba polvo seco no retenía la forma adoptada una vez que la voz cesaba; por lo tanto, se humedeció ligeramente de manera que las diversas formas permanecían, permitiendo su posterior registro fotográfico.

Eso ilustra cómo el aliento salido de los pulmones lleva la semblanza de formas vivientes. El hecho sugirió a la cantante un pensamiento que ella misma expresó en estos términos:

“Terminada aquí mi exposición escueta de esa representación gráfica de la voz tal como la he observado, quisiera añadir que he llevado a cabo mis experimentos como vocalista, recurriendo a mi propia voz a modo de instrumento de investigación.

Debo dejar a otros más versados en las

ciencias naturales sopesar la relación de esos hallazgos con hechos y leyes ya conocidos. No obstante, en las diversas fases de esta investigación me ha ido surgiendo pregunta tras pregunta, hasta el punto de llegar a sentirme ante un gran misterio, en parte escondido, pero dejando entrever ciertos destellos. Y debo decir, además, que día tras día, al ir dando forma con mi canto a estas peculiares figuras, al salir al aire libre y ver sus paralelismos en las flores, los helechos y los árboles que me rodean, y nuevamente al observar los pequeños acúmulos de polvo organizándose en figuras semejantes a flores, que se recogen y luego despliegan sus pétalos como una flor que brota del capullo, he acariciado la esperanza de que esos humildes experimentos puedan plantear sugerencias respecto al modo en que la naturaleza produce sus propias bellas formas, y así contribuir en cierto grado al descubrimiento de otro eslabón más en la gran cadena del universo organizado que, como enseñan las Sagradas Escrituras, fue formado mediante la voz de Dios”.

No reproduzco lo anterior a modo de ejemplo de cómo el Señor trajo a la existencia la tierra mediante su palabra en el principio, puesto que no sabemos cómo lo hizo, pero será útil para captar el hecho. El hombre, que fue creado a imagen de Dios, carece de poder creador. Por su aliento pueden apreciarse meramente las *formas* de seres vivientes. Pero en el aliento de Dios no sólo están las formas, sino las propias cosas vivientes, puesto que él es el Dios viviente, y en él “está la fuente de la vida” *Salmo 36:9*. Cuando él habla, la palabra que nombra el objeto creado lo contiene en ella misma. Cualquier cosa que pronuncie su palabra existe en su forma viviente en esa palabra.

Así lo indica el apóstol Pablo al afirmar que Dios “llama a las cosas que no existen como si existieran” *Romanos 4:17*. Ese atributo es exclusivo de la Divinidad. Si un

hombre llamara a algo que no existe como si existiera, se trataría de una mentira. Pero Dios hace precisamente eso, y no puede mentir. ¿Por qué? Sencillamente porque cuando llama alguna cosa por nombre, o bien cuando declara que algo va a existir, realmente existe incluso si no pudiésemos verlo. Existe en su palabra. Cuando él nombra una cosa que previamente no existía, al instante existe, ya que su palabra la forma al nombrarla. Cuando él declara que alguna cosa va a existir, es tan seguro como si ya hubiera aparecido, dado que existe en la palabra hablada. Esa es la razón por la que tanta profecía se expresa en tiempo perfecto, como si ya se hubiera cumplido. En resumen: cuando los mundos iban a ser traídos a la existencia, Dios habló y existieron. Fueron formados por el aliento de su boca.

Observa ahora cuán firme es el fundamento dado al creyente que sabe que todas las cosas fueron creadas por la palabra de Dios, y que cuando Dios habla, lo que él nombra viene a la existencia lleno de vida. Dice el salmista: “Escucharé lo que hable Dios, el Señor, porque promete paz a su pueblo, a sus santos, para que no se vuelvan a la insensatez” *Salmo 85:8 (NRV 2000)*. Promulga paz mediante su divina palabra, ya que “Él mismo es nuestra paz” *Efesios 2:14*. Pero paz significa justicia, ya que leemos: “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los hace tropezar” *Salmo 119:165*. “¡Si tan solo hubieras atendido a mis mandamientos! Entonces habría sido tu paz como un río, y tu justicia como las olas del mar” *Isaías 48:18*. Por lo tanto, al declarar paz, Dios ha de declarar justicia. Y así sucede, ya que leemos: “Mas ahora, sin la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, testificada por la ley y por los profetas: la justicia de Dios por la fe de Jesucristo para todos los que creen en él, porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia por la redención que es en Cristo Jesús, al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar su justicia en este tiempo, para que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús” *Romanos 3:21-26 (RV 1909)*.

Observa: se afirma que no hay justicia en el hombre: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” *Romanos 3:12*. Nadie tiene en sí mismo la capacidad de generar justicia. La justicia de Dios se pone literalmente *en* y *sobre* todo el que cree. De esa forma resulta estar vestido de justicia y lleno de ella en conformidad con las Escrituras. Los creyentes son ciertamente “hechos justicia de Dios en Él [Cristo]” *2 Corintios 5:21*. ¿Cómo sucede? Dios declara su justicia sobre aquel que cree. Declarar es hablar, pronunciar. Dios habla al pecador —quien es nada y no tiene nada— y le dice: “Tú eres justo”, e inmediatamente ese pecador que cree deja de ser un pecador para venir a ser justicia de Dios. La palabra de Dios que proclama justicia lleva en ella misma la justicia, y tan pronto como el pecador cree y recibe por la fe esa palabra en su propio corazón, en ese mismo instante tiene en su corazón la justicia de Dios. Y dado que del corazón mana la vida (*Proverbios 4:23*), es evidente que en él comenzó una nueva vida; y esa nueva vida es una vida de obediencia a los mandamientos de Dios. Por lo tanto, la fe es “la sustancia de las

cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven” *Hebreos 11:1 (RV 1909)*. Es así porque la fe se aferra a la palabra de Dios, y esa palabra es “sustancia”.

A la tierra la sostiene la misma palabra que la creó. Leemos sobre Cristo: “En Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:16-17*. Otras versiones traducen “subsisten” (*RV*) o “forman un todo coherente” (*NVI*): se mantienen cohesionadas. Todo lo que hay en la tierra —y la propia tierra— debe a Cristo su continua existencia. Pablo afirmó en el Areópago ateniense: “En Él vivimos, nos movemos y existimos” *Hechos 17:28*.

Dios sostiene todo mediante su palabra. “Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por su Hijo a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo. Él es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza, y sostiene todas las cosas por la palabra de su poder. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” *Hebreos 1:1-3*. Cristo es la Palabra divina, es la palabra pronunciada; y dado que todas las cosas permanecen o subsisten en él, es mediante su poderosa palabra como las sostiene.

Escribió también el apóstol Pedro: “En el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua. Pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” *2 Pedro 3:5-7 (RV 1995)*. La misma palabra que hizo la tierra, hizo que se anegara en el diluvio, hizo que se transformara por la inundación, y la sigue sosteniendo. Por consiguiente, esa palabra ha de ser verdaderamente sustancial. Es más sólida y real que la propia tierra, dado que un fundamento ha de ser más consistente que aquello a lo que sostiene. Esa palabra de Dios “vive y permanece ... para siempre” *1 Pedro 1:23-25*. Por consiguiente, quien confíe en ella jamás será chasqueado.

Llegará un tiempo en que sucederá esto: “Se hace pedazos la tierra, en gran manera se agrieta, con violencia tiembla la tierra. Se tambalea, oscila la tierra como un ebrio, se balancea como una choza, pues pesa sobre ella su transgresión; y caerá, y no volverá a levantarse” *Isaías 24:19-20*. Pero aunque desaparezcan las islas y “los montes se deslicen al fondo de los mares” *Salmo 46:2*, incluso en ese tiempo terrible, el cristiano podrá decir: “Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” *Salmo 46:1*.

“Por tanto, cualquiera que oye estas palabras mías y las pone en práctica, será semejante a un hombre sabio que edificó su casa sobre la roca; y cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y azotaron aquella casa, pero no se cayó porque había sido fundada sobre la roca. Y todo el que oye estas palabras mías y no

las pone en práctica, será semejante a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena; y cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y azotaron aquella casa, y cayó; y grande fue su destrucción” *Mateo 7:24-27*.

Cristo es una roca. De los israelitas de antaño leemos que “todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de una roca espiritual que los seguía [iba con ellos]; y la roca era Cristo” *1 Corintios 10:4*. Escribió el salmista: “El Señor, mi roca ... no hay injusticia en Él” *Salmo 92:15*. Se dice a todos quienes lo acepten como su paz: “Ya no sois extraños ni extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos y sois de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular” *Efesios 2:19-20*. No somos edificados sobre los apóstoles y los profetas, sino “sobre el fundamento” sobre el que ellos fueron edificados, “pues nadie puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, el cual es Jesucristo” *1 Corintios 3:11*.

Según lo dicho por Cristo en el sermón del monte, edificamos sobre la roca al oír y cumplir su palabra. La Palabra de Dios es “inspirada [soplada, exhalada] divinamente” *2 Timoteo 3:16 (RV 1909)*; en consecuencia, está llena de su propia vida. “La fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo” *Romanos 10:17*. Cristo mora en el corazón por la fe; por lo tanto, la palabra contiene en ella misma a Cristo, ya que lo trae al corazón. La palabra de un hombre lo representa. Tiene el mismo valor que tiene quien la pronuncia. Si se trata de alguien carente de valor, su palabra tampoco es válida. Pero si es un hombre honorable y promete alguna cosa, su palabra vale tanto como él, o tanto como él pueda hacer. Su palabra lo representa. Por otra parte, decimos que alguien hace algo cuando su delegado lo hace en obediencia a él. Así, la palabra de Dios lo representa a él mismo. Su palabra tiene el mismo valor que él. Lo representa, pues su palabra está llena de su propia vida.

Abraham provee un maravilloso ejemplo de cómo se edifica en Cristo al creer su palabra. Dios hizo a Abraham una promesa que, como toda promesa de Dios, fue hecha en Cristo. Leemos que “Abram creyó en el Señor, y Él se lo reconoció por justicia” *Génesis 15:6*. Hay algo interesante en la expresión “creyó en el Señor”. La palabra “creyó” procede del hebreo “Amén”. En “amén” tenemos la forma más exacta del término hebreo, puesto que “amén” no se tradujo, sino que se transliteró. Es una palabra hebrea que aparece como tal en las diferentes lenguas a las que se tradujo la Biblia, incluyendo el griego, latín, francés, alemán, español, danés, inglés, etc. En todas ellas aparece la palabra “Amén”.

La idea básica es la de *firmeza, solidez, estabilidad*. Tiene una variedad de definiciones, todas ellas incluyendo esa característica. Una definición es “edificar sobre algo o depender de ello”. Así, Abraham edificó literalmente sobre Dios, y eso se le reconoció como justicia, le fue contado por justicia. Eso concuerda con la idea de que la palabra del Señor es un seguro fundamento. Es consistente; sobre ella se puede edificar confiadamente. Cuando decimos de alguien: “Puedes depender de su palabra”, significa que te puedes apoyar en lo que dice. Pero si eso es cierto de



ciertas personas virtuosas, ¡cuánto más tratándose de Dios! Podemos reposar sobre su palabra seguros de que siempre nos sostendrá.

Eso da una idea del significado bíblico de creer más ajustada que la que comúnmente se le supone. La comprensión habitual consiste en que creer es simplemente asentir, pero creer al Señor es mucho más que eso. Implica reconocer esa palabra como lo más seguro del universo, puesto que es precisamente esa palabra la que sostiene al universo. Creer al Señor es confiarle enteramente la vida, hacer depender de su palabra toda esperanza, incluso aunque todo *parezca* ir en contra de ella. Es caminar hacia allí donde *parece* no haber nada, en la seguridad de que estando presente la palabra del Señor hay un fundamento firme.

Así lo expresó un poeta (adaptado de Whittier):

*Nada antes ni detrás  
Los pasos de la fe  
Pisan vacío aparente  
Para encontrar en el fondo  
La Roca estable*

Cuando el Señor apareció caminando sobre el mar y dijo a Pedro “Ven”, este saltó de la barca y caminó hacia él. Caminar sobre el agua es contrario a la lógica humana. No es físicamente posible que el agua sostenga en su superficie a un hombre puesto en pie. ¿Qué sostuvo a Pedro? —Fue esa palabra del Señor: “Ven”. Cuando el Señor pronuncia la palabra, lo evocado está en esa palabra. Cuando dijo a Pedro “Ven”, el poder para venir estaba en su palabra. Sobre ese fundamento caminó Pedro mientras caminó. Al detenerse a contemplar las olas enfurecidas a su alrededor comenzó a hundirse. ¿Por qué? —Porque olvidó la palabra y pensó sólo en las aguas. Comenzó a hundirse tan pronto como olvidó la palabra, ya que las aguas carecían de poder para sostenerlo. Era solamente la palabra del Señor la que podía mantenerlo a flote. Si la palabra del Señor hubiera dicho a Pedro que caminara sobre el aire, podría haberlo hecho con la misma facilidad con la que caminó sobre el agua. La palabra del Señor trasladó a Elías por el aire, y ese será pronto el caso con todos los que aprendan acerca del poder de esa, su palabra.

Observa el hecho: cuando Abraham edificó sobre el Señor le fue reconocido como justicia. El Señor jamás se equivoca en su reconocimiento. Cuando a Abraham se le contó la fe por justicia fue porque era realmente justicia. ¿Cómo es posible? Cuando Abraham edificó sobre Dios, edificó sobre la justicia eterna. “Recto es el Señor, mi roca ... no hay injusticia en Él” *Salmo 92:15*. Abraham vino a ser uno con el Señor, de tal forma que la justicia de Dios vino a ser la suya.

“Las palabras del Señor son palabras puras, plata probada en un crisol en la tierra, siete veces refinada” *Salmo 12:6*. Por consiguiente, quien edifica sobre la Roca,

Jesucristo, aceptando su palabra con fe viva, edifica sobre un fundamento probado. Leemos: “Desechando toda malicia y todo engaño e hipocresías, envidias y toda difamación, desead como niños recién nacidos la leche pura de la palabra, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis probado la benignidad del Señor. Y viniendo a Él como a una piedra viva, desecheda por los hombres, pero escogida y preciosa delante de Dios, también vosotros, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Pues esto se encuentra en la Escritura: He aquí, pongo en Sión una piedra escogida, una preciosa piedra angular, y el que crea en él no será avergonzado” *1 Pedro 2:1-6*.

Hasta no leer el pasaje bíblico que cita el apóstol, no podemos comprender claramente la fuerza de sus palabras en relación con la Escritura que citamos antes al citar el Sermón del Monte.

Leemos en la profecía de Isaías: “Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí, pongo por fundamento en Sión una piedra, una piedra probada, angular, preciosa, fundamental, bien colocada. El que crea en ella no será perturbado. Pondré el juicio por medida y la justicia por nivel; el granizo barrerá el refugio de la mentira, y las aguas cubrirán el escondite. Y será abolido vuestro pacto con la muerte, vuestro convenio con el Seol no quedará en pie; cuando pase el azote abrumador, seréis su holladero. Cuantas veces pase, os arrebatará, porque pasará mañana tras mañana, de día y de noche; y será terrible espanto el comprender el mensaje” *Isaías 28:16-19*.

Cristo es el fundamento probado. Su plomada es la justicia. Su carácter es perfectamente recto y verdadero. Satanás agotó sus malas artes procurando en vano hacerle pecar. Cristo es un fundamento firme. Edificamos en él al creer su palabra, tal como él afirmó. La inundación llegará con certeza. Llegará el azote abrumador y barrerá el refugio de mentira junto a todos los que hayan edificado sobre un fundamento falso. La casa edificada sobre la arena ciertamente caerá. Cuando la tormenta comience a batir con furia, quienes se refugiaron en mentiras huirán por sus vidas al ver que su fundamento se tambalea, pero la inundación los arrastrará. Tal es la escena que describen los dos pasajes citados de la Escritura.

Será bien distinto para quienes edificaron sobre la Roca de los siglos. Ese firme fundamento resistirá cada embate. Nada puede zarandearlo. Quienes hayan edificado sobre él no se agitarán. Han comprobado vez tras vez que se trata de un refugio seguro; por lo tanto, pueden contemplar en calma el torrente impetuoso. No tienen necesidad de escapar por sus vidas. Habiendo edificado sobre la Roca, están tan seguros como la propia Roca. ¿Por qué razón? —Porque todos los que edificaron sobre la Roca, en realidad forman parte de ella. Esto escribió el apóstol: “Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que es poderosa para edificaros y daros la herencia entre todos los santificados” *Hechos 20:32*. Cuando alguien construye sobre la Roca, tratándose de una Roca viviente, los compenetra, de forma que el fundamento y el edificio llegan a ser una sola pieza. Así lo muestran diversos pasajes de la Escritura, entre los que citaremos unos pocos:

“Tanto el que santifica como los que son santificados, son todos de un Padre; por lo cual Él no se avergüenza de llamarlos hermanos” *Hebreos 2:11*.

“Ya no sois extraños ni extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos y sois de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular, en quien *todo el edificio*, bien ajustado, *va creciendo* para ser un templo santo en el Señor, en quien también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” *Efesios 2:19-22*.



“Viniedo a Él como a una piedra viva, desechada por los hombres, pero escogida y preciosa delante de Dios, también vosotros, como piedras vivas, sed *edificados* como casa espiritual para un sacerdocio santo” *1 Pedro 2:4-5*.

“De la manera que recibisteis a Cristo Jesús el Señor, así andad en Él, firmemente arraigados y *edificados en Él* y confirmados en vuestra fe” *Colosenses 2:6-7*.

Encontramos aquí combinadas la figura de una casa, con la de una planta que crece. Eso es perfectamente natural, dado que la Roca sobre la que edificamos es una piedra viviente y que da vida a todos los que son edificados sobre ella, de forma que también ellos, como piedras vivas, van creciendo hasta formar un edificio. El apóstol Pablo combina ambas figuras: “Vosotros sois *labranza* de Dios, [sois] *edificio* de Dios” *1 Corintios 3:9*.

Se aprecia en su belleza eso mismo en la exhortación que hizo Josafat a Israel cuando, por mandato del Señor, avanzaron para hacer frente a una fuerza que los superaba en mucho, confiando en la palabra del Señor según la cual, él pelearía por ellos. “Cuando se levantaron por la mañana, salieron al desierto de Tecoa. Mientras ellos salían, Josafat, puesto en pie, dijo: «Oídmeme, Judá y habitantes de Jerusalén. Creed en Jehová vuestro Dios y estaréis seguros; creed a sus profetas y seréis prosperados»” *2 Crónicas 20:20 (RV 1995)*. Tal como vimos en el caso de Abraham, la palabra “creer” se tomó del hebreo “Amén”. Estaréis “seguros” es otra reiteración de la misma palabra. Así, se lo podría traducir con toda propiedad de esta manera: “Edificad sobre el Señor vuestro Dios, y seréis edificados”.

Veremos aun un punto más para señalar la esperanza y el consuelo contenidos en lo que se escribió en tiempos pasados. Todo el capítulo 40 de Isaías es un mensaje de consuelo. Comienza así: “Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios”

*Isaías 40:1.* A continuación sigue la seguridad del perdón, y después se da el mensaje especial de la voz de uno que clama en el desierto. Ese mensaje es el poder de la palabra de Dios, puesto en contraste con la debilidad humana. “Una voz dijo: Clama. Entonces él respondió: ¿Qué he de clamar? Toda carne es hierba, y todo su esplendor es como flor del campo. Sécase la hierba, marchítase la flor cuando el aliento del Señor sopla sobre ella; en verdad el pueblo es hierba. Sécase la hierba, marchítase la flor, mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” *Isaías 40:6-8.*

Siguen a continuación ilustraciones del poder de la palabra. Se evocan los hechos de la creación, poniendo en contraste el poder de Dios con la debilidad humana. Sigue el bello pasaje: “¿A quién, pues, me haréis semejante para que yo sea su igual? —dice el Santo. Alzad a lo alto vuestros ojos y ved quién ha creado estos astros: el que hace salir en orden a su ejército, y a todos llama por su nombre. Por la grandeza de su fuerza y la fortaleza de su poder no falta ni uno” *Isaías 40:25-26.*

Se nos refiere una vez más al hecho de que Dios es quien sustenta los cielos; que es su poder el que mantiene los cuerpos celestes en sus lugares asignados. Si no fuera por su intervención directa se daría el caos. En los versículos que siguen se presenta esa realidad a fin de animar de forma especial al pueblo de Dios: “¿Por qué dices, Jacob, y afirmas, Israel: Escondido está mi camino del Señor, y mi derecho pasa inadvertido a mi Dios? ¿Acaso no lo sabes? ¿Es que no lo has oído? El Dios eterno, el Señor, el Creador de los confines de la tierra no se fatiga ni se cansa. Su entendimiento es inescrutable. Él da fuerzas al fatigado, y al que no tiene fuerzas aumenta el vigor” *Isaías 40:27-29.*

¿Qué lección de confianza encontramos aquí! “Una vez ha hablado Dios; dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder” *Salmo 62:11.* Su poder es el que sostiene los cielos, y el que hace que las estrellas y los planetas sigan sus órbitas. Y ese mismo es el poder que da al fatigado, al que carece de fuerza, con tal que confíe en él. Dedique el alma abatida algún tiempo a contemplar los cielos, sopesando mientras tanto lo que afirma esa escritura, y resultará más capacitado que nunca para comprender el significado de las palabras del apóstol: “Fortalecidos con *todo poder según la potencia de su gloria*, para obtener toda perseverancia y paciencia, con gozo” *Colosenses 1:11.*

¿Qué intenta hacer ver lo leído hasta aquí? —El poder de la palabra, puesto que es por su palabra como todas las cosas subsisten. Es la palabra del Señor la que creó todas las cosas. En la primera parte del capítulo se nos llama la atención a esa palabra que permanece para siempre, puesta en contraste con la carne. Lee ahora *Isaías 40* en su totalidad, fijándote especialmente en los versículos 6-8 y 26, y a continuación examina el comentario del apóstol Pedro:

“Pues habéis nacido de nuevo, no de una simiente corruptible, sino de una que es incorruptible; es decir, mediante la palabra de Dios que vive y permanece. Porque: Toda carne es como la hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba. Sécase la

hierba, cáese la flor, mas la palabra del Señor permanece para siempre” *1 Pedro 1:23-25*. Encontramos citado aquí el capítulo 40 de Isaías concerniente a la palabra de Dios que crea y sustenta todas las cosas. Esa palabra viviente es la vida y fuerza de todas las cosas. Reúne lo anterior y lee las palabras finales del apóstol: “Y *esta es la palabra que os fue predicada*” *1 Pedro 1:25*.

Por consiguiente, el evangelio es simplemente el poder creador de Dios aplicado a seres humanos [caídos]. Cualquier evangelio que excluya la creación o que no predique el poder creador de Dios tal como se manifiesta en las cosas que él ha creado, y que no dé ánimo a las personas mediante la fuente de ese poder, llamándolas siempre a tenerlo presente como única fuente de fortaleza, es “otro evangelio” *Gálatas 1:7-8*, lo que en realidad significa que no se trata en absoluto del evangelio, ya que no puede haber otro evangelio.

Esa es la lección a aprender “en el principio”. Quien la aprende es una nueva criatura en Cristo, y está preparado para aprender la lección siguiente: la del crecimiento. Teniendo presentes esos hechos maravillosos, ¡qué vanos resultan los temores que algunos expresan!: “Temo que, una vez comenzada la carrera cristiana, no seré capaz de mantenerme en ella”. Por supuesto, *tú* serás incapaz de mantenerte en ella. Careces de fuerza. Pero hay auxilio en Uno que es poderoso. Él es capaz de sustentarte y de mantenerte hasta el fin. “Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo final” *1 Pedro 1:5 (RV 1995)*. Por lo tanto, “a aquel que es poderoso para guardaros sin caída y para presentaros sin mancha en presencia de su gloria con gran alegría, al único Dios nuestro Salvador, por medio de Jesucristo nuestro Señor, sea gloria, majestad, dominio y autoridad, antes de todo tiempo, y ahora y por todos los siglos. Amén” *Judas 1:24-25*.



“Entonces dijo Dios: Sea la luz. Y hubo luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas” *Génesis 1:3-4*.

Hasta ese momento sólo había tinieblas sobre la faz del abismo. No se trata de la oscuridad a la que estamos acostumbrados, ya que aun en las tinieblas más espesas que el hombre haya conocido desde aquel tiempo (con la posible excepción de la plaga de

las tinieblas en Egipto), siempre ha habido algo de luz. Existe una cierta cantidad de luz que atenúa la oscuridad incluso de la más negra noche en la que no se dejan ver la luna ni las estrellas. Pero antes de que Dios dijera “Sea la luz” reinaban unas tinieblas inconcebibles para nosotros, dado que aún no se había creado la luz.



Dios ordenó que a partir de aquellas tinieblas brillara la luz. Según escribió el apóstol, “Dios ... dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz” *2 Corintios 4:6*.

Nos encontramos una vez más ante la maravilla del poder creador. Dios no obra tal como hace el hombre, quien necesita tener previamente en sus manos el material con el que hacer algo. Dios no está limitado de ese modo. El más absoluto vacío de la nada es tan útil a sus propósitos como pueda serlo otra cosa cualquiera. “Dios ha escogido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios; y Dios ha escogido lo débil del mundo para avergonzar a lo que es fuerte; y lo vil y despreciado del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para anular lo que es; para que nadie se jacte delante de Dios” *1 Corintios 1:27-29*. Eso es así por nuestra causa, para que aprendamos a confiar en él.

Cuando Dios creó la luz, la hizo brillar allí donde había oscuridad. ¿Podríamos afirmar que creó la luz a partir de las tinieblas? No parece impropio, pues el poder de Dios es capaz de eso. “Si dijera: «Ciertamente las tinieblas me encubrirán», aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; ¡lo mismo te son las tinieblas que la luz!” *Salmo 139:11-12 (RV 1995)*. Y hablando sobre el consuelo dado a su pueblo en el tiempo de angustia, Dios declara: “Conduciré a los ciegos por un camino que no conocen, por sendas que no conocen los guiaré; cambiaré delante de ellos las tinieblas en luz y lo escabroso en llanura. Estas cosas haré, y no las dejaré sin hacer” *Isaías 42:16*.

Nada hay demasiado difícil para el Señor. Él mismo es la fuente de todo. El sabio discierne a Dios en todas sus obras. Dios ha dejado su impronta en toda la creación. Todo lleva el sello de su propia personalidad. Grandes tinieblas sobrevinieron a los paganos por haber pervertido esa verdad. En lugar de ver el poder de Dios en todo, dijeron que todo es Dios. De esa forma convirtieron la verdad de Dios en una mentira. No obstante, es verdad que todo procede de Dios mismo. Dios fue capaz de hacer que la luz brillara a partir de las tinieblas debido a que él mismo es luz. “Dios es luz, y en Él no hay tiniebla alguna” *1 Juan 1:5*.

Al estudiar la creación nunca olvidemos que Cristo es el Creador. Él es la sabiduría de Dios y el poder de Dios. Fue él quien creó la luz. La hizo a partir de sí mismo, pues en él fueron creadas todas las cosas. No es solamente en un sentido espiritual que Cristo es la luz del mundo. La luz de la que goza el ojo de todo ser humano es luz que se derrama procedente de Cristo. Lo visible tiene la función de enseñarnos lo invisible. A partir de lo natural hemos de aprender lo espiritual. La luz física que brilla en el mundo tiene por objeto enseñarnos que Dios es luz, y que esa luz espiritual que brilla a partir de él tan gratuitamente para todos no es menos real que la luz física. “Luz resplandece en las tinieblas para el que es recto; Él es clemente, compasivo y justo” *Salmo 112:4*. Por lo tanto, el recto puede decir: “No te alegres de mí, enemiga mía. Aunque caiga, me levantaré, aunque more en tinieblas, el Señor es mi luz” *Miqueas 7:8*.

Cristo es la luz del mundo. Leemos que cuando entró en Galilea se cumplieron las palabras del profeta: “¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles! El pueblo asentado en tinieblas vio una gran luz, y a los que vivían en región y sombra de muerte, una luz les resplandeció” *Mateo 4:15-16*. Pecado significa tinieblas. Procede del príncipe de las tinieblas y es causante de oscuridad.

La palabra de Dios es luz, pero esa luz estaba virtualmente escondida de la gente cuando el Señor vino a la tierra. Hombres sabios en su presuntuosa opinión se habían atribuido la “interpretación” de la ley de Dios, con el resultado de que la habían encubierto. Se habían llevado la clave del conocimiento. Lo mismo sucedió en la Edad Media, también conocida como el Oscurantismo, ya que la Biblia era un libro prohibido. Se la había confinado en la celda oscura, de forma que sus rayos no alumbraban a la gente. Los hombres palpaban en procura de luz, pero no sabían en qué dirección ir. Casi desapareció de la tierra el conocimiento de Dios, pues incluso los sacerdotes, cuyos labios debieron transmitir el conocimiento, ignoraban los Oráculos Vivientes. Satanás había logrado que prevalecieran ideas falsas sobre Dios y sobre lo que es recto.

Fue en ese estado de tinieblas en el que vino Cristo, la luz del mundo. Brilló la luz para quienes moraban en oscuridad. La luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la derrotaron. Nada podía apagar aquella Luz santa y viva. Cuando los hombres palpaban en la oscuridad sin conocer el camino de la verdad, la luz de la vida de Cristo brilló en las tinieblas, mostrándoles el camino. Todo eso lo vio el anciano Simeón cuando tomó al niño Jesús en sus brazos y dijo: “Han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz de revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel” *Lucas 2:30-32*.

El pecado es tanto tinieblas como muerte. “Tal como el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron” *Romanos 5:12*. “La mente gobernada por la carne es muerte” *Romanos 8:6 (NVI)*. “Cuando el pecado es consumado engendra la muerte” *Santiago 1:15*. “El aguijón de la muerte es el pecado” *1 Corintios 15:56*. El pecado y la muerte provienen de Satanás, dado que es él quien tiene el poder de la muerte. Por eso se nos dice que no batallamos contra carne y sangre, sino contra potestades de las tinieblas en el mundo. Las tinieblas de este mundo son las tinieblas del pecado: tal es la oscuridad de la sombra de muerte. Quienes viven en pecado moran en la sombra de muerte; y la luz que brilla para ellos es la luz de la vida de Cristo sin pecado.

De igual forma en que el pecado es muerte, la justicia es vida. “La mente que proviene del Espíritu es vida” *Romanos 8:6 (NVI)*. Tener esa mente espiritual es tener la mente del Espíritu de Dios; es poseer su vida y su justicia, y es tener en la mente la ley de Dios, “porque sabemos que la ley es espiritual” *Romanos 7:14*. La luz es lo único que puede disipar las tinieblas; por lo tanto, lo único que puede quitar el pecado es la justicia. Y lo único que puede vencer a la muerte es la vida.

Pero la vida del hombre no puede lograr la victoria sobre la muerte, ya que es muerte en ella misma. Para el corazón del hombre el pecado es algo natural. “Porque de adentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, avaricias, maldades, engaños, sensualidad, envidia, calumnia, orgullo e insensatez. Todas estas maldades de adentro salen, y contaminan al hombre” *Marcos 7:21-23*. Pero del corazón mana la vida: “Con toda diligencia guarda tu corazón, porque de él brotan los manantiales de la vida” *Proverbios 4:23*.

Por consiguiente, dado que el pecado es muerte, y que el pecado en todas sus variadas formas surge del corazón, es evidente que la propia fuente de la vida del hombre está mortalmente envenenada. La vida del hombre no es más que una muerte viviente. El apóstol Pablo, tras lamentar la absoluta pecaminosidad del hombre natural, exclamó; “¡Miserable de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?” *Romanos 7:24*.

Puesto que sólo la justicia es vida, el hombre no puede tener ninguna esperanza de vida en sí mismo. No puede obtener justicia alguna a partir de sí mismo. “El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo que es bueno; y el hombre malo, del mal tesoro saca lo que es malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca” *Lucas 6:45*. Por naturaleza, lo único que tiene el hombre en su corazón es maldad; por lo tanto, maldad es todo cuanto puede generar. Las Escrituras proveen abundante testimonio de ello. Permitamos que lo expongan:

“Todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios” *Romanos 3:23*. “Todos se han desviado, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” *Romanos 3:12*. “La mente gobernada por la carne es enemiga de Dios, pues no se somete a la Ley de Dios ni es capaz de hacerlo” *Romanos 8:7 (NVI)*. Sin importar la intensidad con que el alma reavivada desee efectuar lo que sabe que es bueno, carece por ella misma del poder para lograrlo “porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues estos se oponen el uno al otro, de manera que no podéis hacer lo que deseáis” *Gálatas 5:17*.

Dado que a partir del mal solamente puede resultar el mal, y dado que el corazón humano es capaz solamente de producir el mal, quien afirma que el hombre puede por sí mismo hacer algo bueno está negando la Escritura. En primer lugar, porque la Biblia dice que no puede. En segundo lugar, quien pretende que hay algún poder en el hombre para obrar el bien, está negando que exista en el ser humano algo que sea malo. No puede haber por naturaleza algo bueno y a la vez malo en el hombre. De una fuente no puede brotar a la vez agua potable y no potable. Una pequeña dosis de veneno contenido en el agua la convierte en totalmente insalubre. “¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa?” *1 Corintios 5:6*. Por lo tanto, si hay algún grado de maldad en el hombre por naturaleza, ha de ser porque es enteramente malo tal como la Escritura afirma. Así, quien dice ser capaz de hacer por sí mismo el bien que sea, incluso el más pequeño bien, está en realidad

negando que haya en él la menor traza de mal. Pero Cristo declaró la verdad relativa al hombre en estas palabras: “Separados de mí nada podéis hacer” *Juan 15:5*.

En tercer lugar, hay otra posición posible para quien se atribuye la capacidad de obrar el bien. Consiste en la pretensión de poder obrar el bien a partir del mal. Muchos proclaman que el mal no es más que “el bien en proceso de desarrollo”. Pero su postura no se sostiene mejor que la de quienes piensan directamente ser capaces de hacer lo que es bueno por sí mismos. La afirmación de que el mal es el bien en proceso de desarrollo niega la Biblia, que especifica que en el hombre no hay nada bueno. La insinuación de que el pecado puede convertirse en bondad equivale a la exaltación del yo por encima de Dios, quien no puede permitir tal cosa, ya que hacerlo equivaldría a negarse a sí mismo, quien es justicia.

Solamente Dios es bueno. Así lo afirman llanamente las Escrituras. Estando Cristo en la tierra “vino uno corriendo, y arrodillándose delante de Él le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Y Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo uno: Dios” *Marcos 10:17-18*. Puesto que sólo Dios es bueno, cualquiera que pretenda poseer bondad por sí mismo se está haciendo igual a Dios. Quien pretenda tal cosa se está haciendo virtualmente Dios.

Está claro que quien quiera obtener justicia ha de encontrarla fuera de sí mismo. En realidad, ha de ser hecho un hombre distinto. Ha de tener una vida enteramente diferente a su vida natural. Eso suele pasar escasamente reconocido en el deseo frecuentemente expresado de “vivir una vida diferente”. Eso es precisamente lo que todos necesitan. El problema es que muchos procuran vivir otra vida con su antigua vida de pecado, lo que es imposible. Para que alguien pueda vivir una vida diferente a la suya previa, es necesario que reciba una vida nueva.

El último texto citado indica dónde ha de obtenerse esa vida. Sólo Dios es bueno. Su vida es la bondad misma. La vida de Dios consiste en actos de bondad. La vida de alguien es lo que son sus caminos, y todos los caminos de Dios son rectos. La ley de Dios expresa sus caminos: “¡Cuán bienaventurados son los de camino perfecto, los que andan en la ley del Señor! ¡Cuán bienaventurados son los que guardan sus testimonios, y con todo el corazón le buscan! No cometen iniquidad, sino que andan en sus caminos” *Salmo 119:1-3*. Y sus caminos son tanto más elevados que los del hombre, como los cielos son más elevados que la tierra.

La justicia de Dios está a disposición del ser humano. Dijo el Salvador a sus discípulos: “Buscad primero su reino y su justicia” *Mateo 6:33*. ¿Dónde hemos de encontrarla? —En Cristo, ya que Dios lo ha hecho para nosotros “sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención” *1 Corintios 1:30*. Sólo en él podemos ser hechos justicia de Dios. Pero dado que la justicia de Dios es su vida, es imposible que tengamos su justicia sin tener su vida. Esa vida está en Cristo, ya que Cristo es Dios, y Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo (*2 Corintios 5:19*). La única vida perfectamente recta que se ha vivido en esta tierra fue la de Cristo. Sólo su vida pudo resistir al pecado. “Sabéis que Él se manifestó a fin de quitar los

pecados, y en Él no hay pecado” *1 Juan 3:5*. La vida de Cristo es la justicia de Dios: eso es lo que hemos de buscar.

Pero el hombre no puede vivir la vida de Dios. Únicamente Dios puede vivir la vida que le es propia. Que alguien se creyera capaz de vivir la vida de Dios sería el colmo de la presunción. A fin de poseer justicia, en el hombre se ha de manifestar la vida de Dios, pero el propio Dios ha de vivir esa vida. El apóstol Pablo lo expresó así: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” *Gálatas 2:20 (RV 1995)*.

Observa de nuevo lo fácil que resulta al ser humano pretender estar por encima de Dios. Dado que la justicia es vida —la propia vida de Dios—, es evidente que la pretensión de que el hombre tiene vida en sí mismo —que posee en sí mismo por naturaleza un principio que de ninguna forma puede morir— equivale a la afirmación de que posee rectitud (justicia) en sí mismo, lo que a su vez equivale indirectamente a declararse Dios. Se trata nuevamente de ese hombre de pecado.

Esa idea impidió a los fariseos aceptar a Cristo: “Confiaban en sí mismos como justos” *Lucas 18:9 (RV 1995)*. Profesaban creer en la vida eterna y escudriñaban las Escrituras con ese fin, pero Cristo les dijo con tristeza: “No queréis venir a mí para que tengáis vida” *Juan 5:40*. ¿Por qué razón no querían venir a Cristo a fin de recibir la vida? —Porque creían poseerla por ellos mismos, dado que la justicia es la vida, y ellos se creían justos. Cristo vino a esta tierra con el expreso propósito de dar vida a los hombres, debido a que la habían perdido por el pecado. Nos da a nosotros su vida, y en ello nos da su justicia. La única razón para que alguien se pueda negar a venir a Cristo en procura de la vida, es porque crea poseerla ya. Repitémoslo: todo el que pretende poder alcanzar la vida eterna sin Cristo está afirmando que puede tener justicia sin Cristo. Ambas cosas son inseparables.

Leamos algunos textos conocidos para grabarlo en la mente. “De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que cree en Él no se pierda, mas tenga vida eterna” *Juan 3:16*. “Le diste autoridad sobre todo ser humano para que dé vida eterna a todos los que tú le has dado. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado” *Juan 17:2-3*. “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” *Juan 6:53*. “Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí” *Juan 6:57*. El único camino que tienen los hombres para alcanzar la justicia es tener esa vida, de forma que sean “hechos justicia de Dios en Él” *2 Corintios 5:21*.

Esa vida es nuestra por la fe, ya que el justo vivirá por la fe. Eso no significa que tal vida sea irreal, sino que únicamente por la fe se la puede retener. La vida se la debe retener de igual forma en que se la obtiene. “De la manera que recibisteis a Cristo Jesús el Señor, así andad en Él” *Colosenses 2:6*. Por sí mismo y por su propio poder el ser humano carece de esa vida. Se trata de la vida de Dios, no del hombre. “El



testimonio es este: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” 1 *Juan 5:11-12*. Se trata de la vida de Cristo manifestada en carne mortal, “en nuestro cuerpo mortal” 2 *Corintios 4:11*.

Esa vida es la luz de los hombres. “Jesús les habló otra vez, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” *Juan 8:12*. Esa vida de justicia se le da al hombre tan gratuitamente como la luz del día. Es tan abundante como la luz que percibimos con los ojos. Hay para todos. Una característica de la luz es que puede multiplicarse. Una sola antorcha puede encender otras mil como ella, y aun así seguir teniendo tanta luz como al principio. Lo mismo sucede con la luz de la vida de Cristo. En él está la fuente de la vida. Brota en abundancia de él. Podría dar vida a cada ser humano en el mundo si todos la recibieran, y aun así seguir teniendo tanta luz como al principio. Puede vivir en cada uno en su plenitud. Todo creyente recibe el beneficio de la vida entera de Cristo, quien no está dividido.

Quienes moran en sombra de muerte, que es la sombra que arroja el pecado, pueden verla disipada al permitir que en ellos brille la luz. Esa luz se ha de manifestar en la iglesia en su plenitud antes del fin, de forma que la vida de Cristo se manifieste tan plenamente ante el mundo, como cuando Cristo estuvo aquí en persona. Tal será el estandarte alrededor del cual miles se reunirán, como sucedió en el día de Pentecostés. Se trata de la luz de la vida de Cristo referida por el profeta en estas palabras:

“Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti. Porque he aquí, tinieblas cubrirán la tierra y densa oscuridad los pueblos; pero sobre ti amanecerá el Señor, y sobre ti aparecerá su gloria. Y acudirán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu amanecer” *Isaías 60:1-3*. Todo eso, y mucho más de lo que puede expresar una pluma no inspirada, es lo que se nos enseña en estas simples palabras: “Entonces dijo Dios: Sea la luz. Y hubo luz” *Génesis 1:3*.



## SEGUNDO DÍA: LAS NUBES SON EL POLVO DE SUS PIES

(ÍNDICE)

“Entonces dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión de las aguas que estaban sobre la expansión. Y fue así. Y llamó Dios a la expansión cielos. Y fue la tarde y fue la mañana: el segundo día” *Génesis 1:6-8*.

A primera vista la obra de la creación en el segundo día pudiera parecer de importancia menor, pero las primeras impresiones humanas respecto a las obras de Dios son siempre limitadas. La Biblia alude repetidamente a ese día como un ejemplo del grandioso poder de Dios. De él pueden extraerse preciosas lecciones de esperanza y consuelo, y no se debe olvidar que el poder de Dios es el fundamento mismo de la esperanza humana.

El libro de Job contiene descripciones sublimes del poder y majestad divinos. “Él extiende el norte sobre el vacío y cuelga la tierra sobre la nada. Envuelve las aguas en sus nubes, y la nube no se rompe bajo ellas” *Job 26:7-8*. ¿A quién no le fascinan las nubes en sus formas continuamente variables? Son motivo inagotable de nuestra admiración. ¡Piensa en el maravilloso poder que representan! Considera la inmensa cantidad de agua que contienen, y que en el momento señalado descargan en la tierra. Es el poder directo y personal del Señor el que causa la lluvia. La ciencia nos puede enseñar, en parte, cuáles son las condiciones que propician la precipitación, pudiendo predecir su aparición con precisión considerable, pero la causa última sigue siendo Dios, quien envía la lluvia.

El ser humano ha observado muchas cosas respecto a la forma en que Dios actúa, y hay aún otras muchas que es posible examinar. Es lo que Dios espera que hagamos. “Ha hecho sus maravillas para ser recordadas; clemente y compasivo es el Señor” *Salmo 111:4*. Pero quiere que las observemos con el propósito de reconocerlo a él. Quien observa las obras de Dios para atribuir las a una diosa llamada Naturaleza, como si el propio Dios no estuviera implicado allí, las estudia en vano. Lo que los hombres llaman Naturaleza es simplemente la observación de los caminos de Dios. Es difícil mejorar esta declaración: “Las leyes de la naturaleza son los hábitos de Dios”. Pero una vez que el hombre ha agotado sus habilidades para observar y hacer cálculos relativos a los caminos de Dios, debe recordar que “estos son los bordes de sus caminos; ¡y cuán leve es la palabra que de Él oímos! Pero su potente trueno, ¿quién lo puede comprender?” *Job 26:14*. Es imposible para el humano finito explorar todos los caminos del Dios infinito; por consiguiente, aun lo mejor de la ciencia está muy limitado.

Hemos dicho que es el poder personal y directo del Señor el que causa la lluvia. Lee lo que sigue: “El Señor es el Dios verdadero; Él es el Dios vivo y el Rey eterno. Ante su enojo tiembla la tierra, y las naciones son impotentes ante su indignación. Así les diréis: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra perecerán de la tierra y de debajo de los cielos. Él es el que hizo la tierra con su poder, el que estableció el

mundo con su sabiduría, y con su inteligencia extendió los cielos. Cuando Él emite su voz hay estruendo de aguas en los cielos. Él hace subir las nubes desde los extremos de la tierra, hace los relámpagos para la lluvia y saca el viento de sus depósitos” *Jeremías 10:10-13*.

¿Qué nos enseña lo anterior? Nos enseña siempre el poder de la palabra de Dios. No simplemente el poder de su palabra, sino su sabiduría y el poder por el que sopla sobre nosotros esa palabra de justicia. Lee de nuevo el libro de Job. El capítulo 28 es una de las composiciones más perfectas y sublimes escritas en cualquier lenguaje. De su última parte citamos:

“¿De dónde, pues, viene la sabiduría? ¿Y dónde está el lugar de la inteligencia? Está escondida de los ojos de todos los vivientes, y oculta a todas las aves del cielo. El Abadón y la muerte dicen: «Con nuestros oídos hemos oído su fama». Dios entiende el camino de ella y conoce su lugar. Porque Él contempla los confines de la tierra y ve todo bajo los cielos. Cuando Él dio peso al viento y determinó las aguas por medida; cuando puso límite a la lluvia y camino para el rayo, entonces Él la vio y la declaró, la estableció y también la escudriñó. Y dijo al hombre: «He aquí, el temor del Señor es sabiduría, y apartarse del mal, inteligencia»” *Job 28:20-28*.

Declara el salmista: “Llena está la tierra de la misericordia del Señor” *Salmo 33:5*. Dios ha dispuesto que a partir de todo lo que hay en la naturaleza aprendamos una lección respecto a él y a su amor. Los siervos de Dios en todas las edades han aprendido algunas de esas lecciones. Lo comprendieron en particular aquellos santos hombres inspirados por el Espíritu de Dios que hablaron en su nombre: ellos vieron a Dios en sus obras. Pero en nuestros días, hombres en su sabiduría imaginaria siguen los pasos de los antiguos filósofos, quienes “no tuvieron a bien reconocer a Dios” *Romanos 1:28* y lo excluyeron de sus cálculos. Demasiados hay que, al estudiar las cosas de la tierra y de los cielos, en lugar de llenarse de admiración y alabanza ante el maravilloso poder de Dios allí desplegado, se llenan de admiración por la maravilla de sus propios logros hasta el punto de fantasear con la idea de haber creado las cosas que descubrieron. Olvidan que esas cosas existían siglos antes que ellos nacieran, y casi imaginan que por descubrirlas las están trayendo a la existencia. Se refieren con lástima y desprecio a quienes escribieron la Biblia, por haber vivido en una época inferior a la nuestra, en la que la “ciencia” no había hecho ningún descubrimiento; y eran tan ingenuos como para creer que las cosas que nosotros podemos explicar hoy con tanta facilidad eran manifestaciones directas de la acción divina. Pero es mucho mejor ser ingenuo, que tener el tipo de “sabiduría” que no procede de Dios ni lleva a Dios.

Leamos las palabras de alguien a quien no se considera un científico, pero cuya sabiduría fue el asombro de sus contemporáneos en todo el mundo. Alguien de quien el propio Dios afirmó: “He aquí, te he dado un corazón sabio y entendido, de modo que no ha habido ninguno como tú antes de ti ni se levantará ninguno como tú después de ti” *1 Reyes 3:12*. La inspirada palabra de Dios dice de él que “era más sabio que todos los hombres, más que Etán ezraíta, Hemán, Calcol y Darda, hijos

de Mahol; y su fama fue conocida por todas las naciones de alrededor. También pronunció tres mil proverbios, y sus cantares fueron mil cinco. Disertó sobre los árboles, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que crece en la pared; también habló de ganados, aves, reptiles y peces. Y venían de todos los pueblos para oír la sabiduría de Salomón, de parte de todos los reyes de la tierra que habían oído de su sabiduría” *1 Reyes 4:31-34*.

En sus proverbios trata abundantemente sobre las maravillosas obras de Dios, y en uno de ellos se refiere concretamente a la obra realizada en el segundo día de la semana de la creación, conectándola con la palabra de Dios mediante la que se cumplió. “¿Quién subió al cielo y descendió? ¿Quién encerró los vientos en sus puños? ¿Quién recogió las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los confines de la tierra? ¿Cuál es su nombre y el nombre de su hijo, si es que lo sabes? Toda palabra de Dios es limpia; él es escudo para los que en él esperan. No añadas a sus palabras, para que no te reprenda y seas hallado mentiroso” *Proverbios 30:4-6 (RV 1995)*. Se da por buena la tradición rabínica según la cual Agur —citado en el encabezamiento de ese proverbio— es un nombre poético dado a Salomón. Que sea sólo una tradición no disminuye el valor, fuerza y belleza de la cita inspirada.

La lluvia que Dios ha encerrado en sus densas nubes, y que su voz —la misma voz que declara paz y justicia— hace que descienda a la tierra, es para nosotros una prenda de su disposición a perdonar. Ve la santa osadía del profeta Jeremías: “Reconocemos, oh Señor, nuestra impiedad, la iniquidad de nuestros padres, pues hemos pecado contra ti. No nos desprecies, por amor a tu nombre, no deshonres el trono de tu gloria; acuérdate, no anules tu pacto con nosotros. ¿Hay entre los ídolos de las naciones alguno que haga llover? ¿O pueden los cielos solos dar lluvia? ¿No eres tú, oh Señor, nuestro Dios? En ti, pues, esperamos, porque tú has hecho todas estas cosas” *Jeremías 14:20-22*. Es el Señor quien hace que llueva; por lo tanto, esperaremos en él confiando en que no nos aborrecerá aunque hayamos pecado gravemente. Al contrario: perdonará nuestra iniquidad de acuerdo con su palabra.

De igual forma en que muchos se llenan de temor al observar nubes en los cielos, otros tantos se angustian innecesariamente ante las nubes que se forman en su propia mente. ¡Cuán a menudo hemos sabido de alguien que conoció la bendición del Señor y se alegró por ello, pero que posteriormente perdió su paz cuando aparecieron las nubes! Hay diferentes formas de considerar las nubes.

Se puede decir que las nubes tienen poca consistencia. El sol las puede disipar, y dado que el Sol de justicia brilla continuamente, no tenemos por qué permanecer en la sombra de la duda. Existe el concepto de estar en las nubes, y quienes han conocido físicamente esa experiencia pueden dar fe de que se trata de uno de los más gloriosos lugares en los que poder estar. Jamás he podido imaginar una escena más gloriosamente maravillosa que la que se desplegó ante mí un atardecer tras haber ascendido penosamente la ladera oriental de un monte. Alcanzamos la cumbre estando el sol a punto de ponerse, y el valle que había al otro lado estaba

cubierto de nubes iluminadas por el resplandor del sol poniente. No fue sólo un panorama glorioso para la vista, sino que grabó una lección inolvidable.

Pero aún hay más a recordar en la formación de las nubes. Dios mora en medio de ellas. “El Señor reina; regocíjese la tierra; alégrense las muchas islas. Nubes y densas tinieblas le rodean, justicia y derecho son el fundamento de su trono” *Salmo 97:1-2*. Fue desde la nube, desde donde el amor de Dios dio la ley; y sabemos “que su mandamiento es vida eterna” *Juan 12:50*. Sí, nos alegraremos aunque las nubes sean densas y oscuras, ya que Dios sigue estando allí. “De las tinieblas hizo su escondedero, su pabellón a su alrededor; tinieblas de las aguas, densos nubarrones” *Salmo 18:11*. La nube que oculta a Dios de nuestra vista es en realidad la seguridad de su presencia.

Procedente de las nubes desciende la lluvia, que es un símbolo de la gracia de Dios regalada y abundante. Cuando Dios nos invita a comprar de él vino y leche sin dinero y sin precio —ir a él y encontrar perdón abundante— nos da esta seguridad: “Como descienden de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelven allá, sino que riegan la tierra haciéndola producir y germinar, dando semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca, no volverá a mí vacía sin haber realizado lo que deseo, y logrado el propósito para el cual la envié” *Isaías 55:10-11*.

De igual forma en que el agua almacenada en las densas nubes nos recuerda el inmenso poder de Dios, nos hace también recordar su evangelio de la gracia, que es el poder de Dios para salvación. El evangelio consiste en las buenas nuevas de la salvación del pecado, y todo lo que nos habla del poder de Dios nos hace saber su poder para darnos justicia. “Destilad, oh cielos, desde lo alto, y derramen justicia las nubes; ábrase la tierra y dé fruto la salvación, y brote la justicia con ella. Yo, el Señor, todo lo he creado” *Isaías 45:8*. Refiriéndose a esa misma figura, el profeta Oseas afirma: “¡Sembrad para vosotros justicia! ¡Cosechad el fruto del amor inagotable y abrid surcos en terrenos no labrados! ¡Ya es tiempo de buscar al Señor!, hasta que él venga y os envíe lluvias de justicia” *Oseas 10:12 (NVI)*.

A partir del poder evidenciado en las nubes al regar la tierra, aprendemos sobre el poder de la gracia que trae “lluvias de bendición” (*Ezequiel 34:26*) a quien la acepta.

*Adorad al Rey de gloria y cantad agradecidos a su maravilloso amor. Él es nuestro escudo y protección, es el Anciano de días rodeado de esplendor y adornado de alabanzas.*

*Proclamad su poder y cantad a su gracia. Sus vestiduras son luz; su dosel, el espacio infinito. Sus carros de la ira forman las nubes tormentosas, y su camino es misterioso en las alas del turbión.*

*¿Qué lengua recitará tu cuidado portentoso? Se respira en el aire, brilla en la luz, surge de las colinas y desciende a los valles para destilar suavemente en rocío y lluvia.*



*Los frágiles y débiles hijos del polvo de la tierra confiamos en ti, en ti que nunca fallaste. ¡Cuán tiernas son tus mercedes! ¡Cuán firmes son hasta el fin, Creador, Defensor, Redentor y Amigo nuestro!*



Entre la lluvia y el perdón de los pecados existe una conexión más estrecha de lo que creemos. Cuando Dios hizo un pacto con Noé, consistente en que nunca volvería a destruir el mundo con un diluvio, dijo: “Esta es la señal

del pacto que hago entre yo y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros por todas las generaciones: pongo mi arco en las nubes y será por señal del pacto entre yo y la tierra. Y acontecerá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se verá el arco en las nubes y me acordaré de mi pacto que hay entre yo y vosotros, y entre todo ser viviente de toda carne; y nunca más se convertirán las aguas en diluvio para destruir toda carne. Cuando el arco esté en las nubes, lo miraré para acordarme del pacto eterno entre Dios y todo ser viviente de toda carne que está sobre la tierra”

*Génesis 9:12-16.*

Dios dijo: “Pongo mi arco en las nubes”. El arco iris es de forma especial el arco de Dios, pues está sobre su trono. Cuando Juan, estando en la isla de Patmos, vio el trono de Dios en el cielo, observó que “alrededor del trono había un arco iris de aspecto semejante a la esmeralda” *Apocalipsis 4:3*. También al profeta Ezequiel se le dieron “visiones de Dios” (*Ezequiel 1:1 y 8:3*). Vio “algo semejante a un trono, de aspecto como de piedra de zafiro; y en lo que se asemejaba a un trono, sobre él, en lo más alto, había una figura con apariencia de hombre. Entonces vi en lo que parecían sus lomos y hacia arriba, algo como metal refulgente que lucía como fuego dentro de ella en derredor, y en lo que parecían sus lomos y hacia abajo vi algo como fuego, y había un resplandor a su alrededor. Como el aspecto del arco iris que aparece en las nubes en un día lluvioso, así era el aspecto del resplandor en derredor. Tal era el aspecto de la semejanza de la gloria del Señor” *Ezequiel 1:26-28*.

Así, vemos que cuando Dios pone su arco en las nubes está poniendo allí su propia gloria, la que brilla sobre su trono. Se trata del arco de la promesa, puesto que empenó su palabra, y su palabra es su gloria. El profeta Jeremías, cuando clamó por perdón para el pueblo de Dios, dijo: “No nos desprecies, por amor a tu nombre, no deshonres el trono de tu gloria” *Jeremías 14:21*. Si Dios quebrantara su palabra, estaría dejando sin efecto su arco glorioso; y dado que ese arco contribuye a la gloria de su trono, equivaldría a deshonrar el trono de su gloria.

Sabemos por la profecía que ese arco en las nubes, que es una garantía de la confiabilidad de la palabra de Dios, no nos asegura simplemente la ausencia de un segundo diluvio, sino que confirma la misericordia de Dios en el perdón de los

pecados. Dios dice a su pueblo: “Por un breve momento te abandoné, pero con gran compasión te recogeré. En un acceso de ira escondí mi rostro de ti por un momento, pero con misericordia eterna tendré compasión de ti —dice el Señor tu Redentor. Porque esto es para mí como en los días de Noé, cuando juré que las aguas de Noé nunca más inundarían la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti ni te reprenderé. Porque los montes serán quitados y las colinas temblarán, pero mi misericordia no se apartará de ti y el pacto de mi paz no será quebrantado —dice el Señor, que tiene compasión de ti” *Isaías 54:7-10*.

Por más denso y amenazante que pueda ser el nubarrón de los pecados, la gloria de la palabra de la gracia divina, brillando sobre él, traerá a la vista la plenitud del arco de la promesa y nos recordará que “en ti hay perdón, para que seas temido” *Salmo 130:4*. Por lo tanto, hasta las propias nubes tormentosas que ensombrecen la tierra nos traen un mensaje de consuelo.

*Cobrad ánimo, santos temblorosos: las nubes que tanto teméis  
están llenas de misericordia, y romperán sobre vuestras cabezas  
en aguaceros de bendición.*



## TERCER DÍA - LA PLENITUD DEL MAR

### (ÍNDICE)

“Dijo Dios: Júntense en un lugar las aguas que están debajo de los cielos, y que aparezca lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco tierra, y al conjunto de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno” *Génesis 1:9-10*.

En los últimos capítulos del libro de Job, cuando el Señor convenció al patriarca de su debilidad y dependencia de Dios para hacerle saber que únicamente de él procede la justicia, presentó como evidencia ese hecho de confinar las aguas. “¿Quién encerró con puertas el mar, cuando, irrumpiendo, se salió de su seno; cuando hice de una nube su vestidura, y de espesa oscuridad sus pañales; cuando sobre él establecí límites, puse puertas y cerrojos, y dije: «Hasta aquí llegarás, pero no más allá; aquí se detendrá el orgullo de tus olas?»” *Job 38:8-11*.

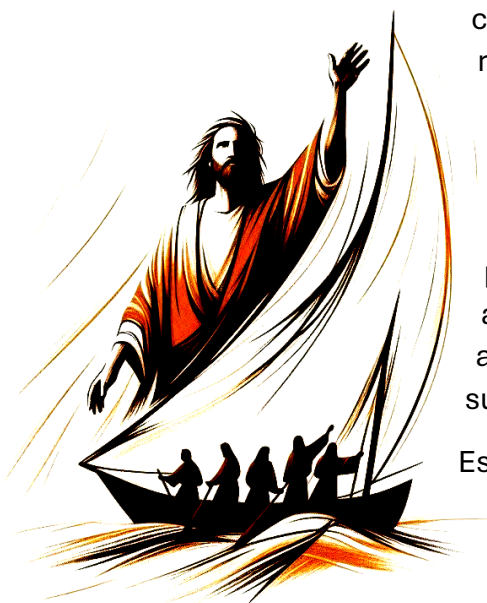
Cuando el salmista habla del poder de la palabra de Dios que creó los cielos y la tierra, dice: “Él junta las aguas del mar como un montón; pone en almacenes los abismos” *Salmo 33:7*. Conviene recordar aquí la expresión “y fue así” con la que termina el relato en cada fase de la creación. Dios dijo “Sea”, “y fue así”. Su simple palabra bastó para realizarlo. Recuerda que esa es la palabra que nos predica el evangelio. Jamás disminuyó su poder, y es tan capaz de salvar como de crear.

Es imposible que alguien mínimamente familiarizado con el Señor contemple el mar sin reflexionar en el inmenso poder del Creador. No obstante, muchos miran día tras día el mar sin dedicar un solo pensamiento a su Hacedor, o incluso desafiándolo abiertamente. A los tales dice el Señor: “«Oíd ahora esto, pueblo necio e insensible, que tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. ¿No me teméis?» — declara el Señor. «¿No tembláis delante de mí, que puse la arena como frontera del mar, límite perpetuo que no traspasará? Aunque se agiten las olas, no prevalecerán; aunque rujan, no pasarán sobre ella»” *Jeremías 5:21-22*.

No es para atemorizarnos, por lo que el Señor nos recuerda su tremendo poder capaz de poner límites al mar, de forma que no pueda sobrepasarlos en su furioso oleaje. No: es con el fin de que podamos confiar en él. La perfecta fe y el perfecto amor echan fuera el temor. Se nos describe el poder de Dios sobre el mar como una prueba de su fidelidad. “Oh Señor, Dios de los ejércitos, ¿quién como tú, poderoso Señor? Tu fidelidad también te rodea. Tú dominas la soberbia del mar; cuando sus olas se levantan, tú las calmas” *Salmo 89:8-9*. Los evangelios proveen un ejemplo de esa fidelidad: “Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: —Pasemos al otro lado. Una vez despedida la multitud se lo llevaron tal como estaba en la barca. También había otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento que echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal. Lo despertaron y le dijeron: —¡Maestro!, ¿no tienes cuidado que perecemos? Él, levantándose, reprendió al viento y dijo al mar: —¡Calla, enmudece! Entonces cesó el viento y sobrevino una gran calma. Y les dijo: —¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? Entonces sintieron un gran temor, y se decían

el uno al otro: —¿Quién es este, que aun el viento y el mar le obedecen?” *Marcos 4:35-41 (RV 1995)*.

Eso no fue sino una manifestación del poder creador original. El mismo que creó los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, retiene el perfecto control sobre ellos. En esas palabras: “Calla, enmudece”, escuchamos la misma voz que dijo: “Júntense en un lugar las aguas que están debajo de los cielos”. Y esa es la palabra que nos predica el evangelio. Por lo tanto, a partir del poder de Dios sobre el mar —que se debe a que fue él quien lo creó— hemos de aprender acerca de su poder sobre las olas de discordia que surgen en los corazones humanos.



Eso es así por la razón de que el mar encrespado representa a los malvados: “Los impíos son como el mar agitado que no puede estar quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo” *Isaías 57:20*.

Cristo es nuestra paz. La palabra que pronunció en el Mar de Galilea aquella noche es la palabra que nos pronuncia a nosotros: “Escucharé lo que hablará Jehová Dios, porque hablará paz a su pueblo y a sus santos para que no se vuelvan a la locura” *Salmo 85:8 (RV 1995)*. Hay aquí ánimo certero para quienes han estado luchando en vano por largo tiempo contra las fieras pasiones.

El poder de Dios sobre el mar no es solamente un símbolo de su poder para salvar al hombre de la marea del pecado, sino también una prenda y garantía de su liberación final y completa. Muestra asimismo el poder con el que Dios va a dotar la predicación del mensaje del evangelio en el último esfuerzo que precederá a su segunda venida. Lee estas palabras conmovedoras:

“Despierta, despierta, vístete de poder, oh brazo del Señor; despierta como en los días de antaño, en las generaciones pasadas. ¿No eres tú el que despedazó a Rahab, el que traspasó al dragón? ¿No eres tú el que secó el mar, las aguas del gran abismo; el que transformó en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos? Los rescatados del Señor volverán, entrarán en Sión con gritos de júbilo, con alegría eterna sobre sus cabezas. Gozo y alegría alcanzarán, y huirán la tristeza y el gemido. Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú que temes al hombre mortal, y al hijo del hombre que como hierba es tratado? ¿Has olvidado al Señor, tu Hacedor, que extendió los cielos y puso los cimientos de la tierra, para que estés temblando sin cesar todo el día ante la furia del opresor, mientras este se prepara para destruir? Pero ¿dónde está la furia del opresor? El desterrado pronto será libertado, y no morirá en la cárcel ni le faltará su pan. Porque yo soy el Señor tu Dios, que agito el mar y hago bramar sus olas (el Señor de los ejércitos es su nombre), y he puesto mis palabras en tu boca, y con la sombra de mi mano te he

cubierto al establecer los cielos, poner los cimientos de la tierra y decir a Sión: «Tú eres mi pueblo»” *Isaías 51:9-16*.

Sin duda alguna la constatación de que “Suyo es el mar, pues Él lo hizo” *Salmo 95:5*, y de que él “midió las aguas en el hueco de su mano” *Isaías 40:12*, es terreno firme para que cada uno en su pueblo confíe en él, sea para liberación del peligro, para la gracia que lleva a la victoria, o para contar con su asistencia en la realización de la obra a la que él los ha llamado.

## **CRISTO Y LA TEMPESTAD**

(Adaptado de J.G. Whittier)

*Tormenta de medianoche en mar bravío.  
El vasto cielo se rompe en truenos.  
Espesas nubes se agitan errantes  
cual sudario sacudido por espíritus airados  
desde el alto y terrible muro de oscuridad.  
Bajo su sombra se alza la ola tumultuosa  
cual osado paso de gigante que sale del sepulcro  
que lo atara por siempre a su frío y desolado cauce.  
¡Se juntan ahora tempestad y ola que brama,  
en cuya cresta salta el relámpago y retumba el trueno!*

*Noche terrible. Cada rayo desgarrar el cielo.  
Estallan truenos como respuesta de demonios  
desde oscuras cavernas de tempestad  
que amenaza entre olas encrespadas.  
Pero irrumpe el clamor del Fuerte que no teme.  
Su voz atraviesa el estrépito de las aguas  
y retumba en el cielo mientras el navío, roto,  
surge a la vista un instante sobre las altas crestas,  
y la nube atronadora se cierne sobre él  
cual lúgubre sudario.*

*Su voz se multiplica desde la cubierta que zozobra.  
Su forma, revelada por el relámpago, y su frente,  
recia ante el embate de la tempestad,  
anuncian un triunfo desconocido para el humano,  
un poder indescriptible y majestuoso:  
“¡Calla, enmudece!”  
Las olas se detienen confundidas.  
El huracán, sumiso, se pliega a su mandato.  
Negras nubes donde maldecía el rayo y aguardaba el trueno,*



*se disipan sin dejar rastro de tormenta,  
que se avergüenza escapando en alas de brisa suave,  
en olas calmadas, amables, radiantes de luna.*

*¡Temible Amo de la tempestad!  
Tú, ante cuya presencia se humilla la tormenta;  
tú, a quien las olas rinden homenaje  
en playas de viejos imperios insulares:  
si el desvalido y temeroso recibió  
tu infinita atención, ¡oh!, sopla también  
sobre la tormenta y las tinieblas del alma humana  
aquella misma quietud, paz y calma  
que descendieron sobre las aguas agitadas  
cuando tu voz se alzó, Ministro de la paz,  
para vencer en tu nombre.*



“Dijo Dios: Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla, y árboles frutales que den fruto sobre la tierra según su género, con su semilla en él. Y fue así. Y produjo la tierra vegetación: hierbas que dan semilla según su género, y árboles que dan fruto con su semilla en él según su género. Y vio Dios que era bueno” *Génesis 1:11-12.*

Dios dijo “Sea”, y fue. “Él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” *Salmo 33:9 (RV 1995).* Se trata de “la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” *1 Pedro 1:23 (RV 1995).* No pierde una partícula de su vida ni de su fuerza. Ningún lapso de tiempo disminuye su poder. La palabra que creó todas las cosas sostiene todas las cosas. Por consiguiente, la orden “Produzca la tierra vegetación” es la que sigue haciendo que la tierra produzca vegetación, hierba y árboles. Si el efecto de esas palabras hubiera cesado tras haber sido pronunciadas, no habría existido más producción vegetal, y la que ya existía habría dejado de ser. De forma especial, una vez que la caída del hombre trajo maldición sobre la tierra, y que la muerte afectó no solamente a los hombres, sino también a animales y plantas, si la palabra que hizo surgir la hierba al principio no hubiera permanecido en su plena fuerza, la tierra se habría convertido rápidamente en un desierto estéril. Pero esa palabra sigue hoy viva; por eso vemos la tierra cubierta de hierba y de fruto abundante para alimentación del ser humano.

Lo dicho no es mera teoría, sino un hecho práctico. Cosas tan comunes como el crecimiento de la hierba no llaman nuestra atención ni nos sorprenden, y damos

por hecho que crecen de forma automática, sin intervención divina. Muchos creen que no corresponde a la dignidad de Dios prestar atención a asuntos menores como el crecimiento vegetal. Esa es precisamente la razón por la que tan pocos obtienen un beneficio práctico de su profesión de fe en Dios. Su idea sobre él es la de alguien tan alejado, alguien que está tan ocupado en sus propios asuntos de estado, que no puede prestar atención a los detalles de su reino. Olvidan que la obra especial de Dios es cuidar de sus criaturas, desde la mayor a la menor. Olvidan que su grandeza consiste en su habilidad para manejar los asuntos más complicados, y al mismo tiempo prestar atención a los más pequeños detalles.

A Satanás le complace que se conciba a Dios como siendo impasible a los pequeños asuntos que afectan al hombre. Esa es precisamente su acusación contra Dios, y es solamente por su influencia como los hombres han llegado a verlo así. Aun negando la evolución en su formulación más plena, consideraron la idea tan común de que en el principio Dios puso realmente en marcha el universo, pero entonces dotó a la materia de cierta cantidad de energía y la sujetó a determinadas leyes, de forma que a partir de entonces todo funcionara indefinidamente tal como lo hace un reloj al que se le dio cuerda. ¿Con qué confianza puede elevar una oración quien alberga esa creencia? ¿Qué puede esperar recibir? No es de extrañar que se lamente por no ver respondidas sus oraciones. El Dios en quien cree está demasiado alejado como para escucharle, y es demasiado indiferente o bien demasiado rígidamente condicionado por sus leyes como para intervenir en beneficio del suplicante si es que lo oyera. No es ese el Dios de la Biblia.

No es un asunto trivial que “los últimos postulados de la ciencia” hayan inducido a tantos que profesan creer en la Biblia a modificar sus puntos de vista respecto al relato de la creación. Hubo un tiempo en que se creía que la Biblia significa lo que dice. Aquellos en quienes Dios obró poderosamente para la conversión de miles fueron hombres de fe, y su fe lo era en el poder divino que hizo los cielos y la tierra, y en su palabra que sostiene hasta las cosas más pequeñas. Su creencia y aplicación práctica del hecho de que Dios vive y de que todo está sujeto a su poder y bajo su control inmediato fue lo que los sostuvo, permitiéndoles enfrentar dificultades y peligros; fue la fuente de su fortaleza y el secreto de su éxito.

¡Qué cambio vemos ahora! Es decididamente excepcional encontrar a un ministro del evangelio expresar su creencia en el relato literal de la creación según el primer capítulo de Génesis. Temen que se los considere desactualizados. Pero Dios quisiera que hubiera muchos más dispuestos a desactualizarse de estos tiempos peligrosos, y a no temer que se los tenga por retrógrados por causa de Cristo.

En la medida en que ha crecido el temor a aceptar la palabra del Señor, que implicaría estar en desacuerdo con ese legado del antiguo paganismo que es la filosofía, se ha evitado presentar abiertamente el poder de la palabra. Se le ha negado cualquier oportunidad. Los cristianos oran por un reavivamiento de la religión. Si simplemente reviviera su creencia en la simple palabra de Dios, y la reconocieran como algo viviente, como la fuente de toda vida y poder, habría un

reavivamiento de la religión. Predíquese el evangelio, no según la sabiduría humana, sino tal como el Espíritu Santo lo enseñó. Sea presentado como la palabra viviente y activa de Dios, y entonces se lo creará, y se verán resultados tangibles en los que creen.

No hay mejor forma de menoscabar el evangelio y desposeerlo de su poder, que sustituyendo la clara palabra de Dios por “lo que falsamente se llama ciencia” <sup>1</sup> *Timoteo 6:20*. Se ha relegado a Dios al último lugar, percibiéndolo como si estuviera distante. Muchos aceptaron el evangelio que se les predicó, y desean sinceramente la salvación del pecado; pero la evolución, incluso sin haberla aceptado conscientemente, debilitó su fe hasta el punto de impedirles acercarse al Señor, caminar junto a él e interaccionar con él como Agente activo en toda faceta de la vida.

Observemos algunos hechos básicos que incluso en esta edad de la ciencia nos animan a creer que la palabra del Señor, quien dijo: “**Produzca la tierra vegetación**” *Génesis 1:11* es la que hace que la tierra siga produciéndola aún.

¿Quién no ha observado un brote tierno apareciendo en un campo de maíz? ¿Nunca viste en un sembrado de cereal una diminuta hoja tierna abriéndose paso y emergiendo a la superficie entre terrones compactos? ¿No te ha llamado la atención cómo se levanta un trozo de tierra seca y, al mirar debajo ves que lo empujó un pequeño brote, tan delicado que a duras penas podría soportar su propio peso? La hoja diminuta aún carece casi por completo de color, y es poco más que agua. De haberla restregado entre los dedos habría dejado como resto poco más que simple humedad en tu mano. No obstante, esa frágil estructura fue capaz de empujar un terrón compacto mil veces más pesado que ella.



¿De dónde viene ese poder? ¿Se trata de algo inherente a la hierba? Veámoslo. Toma esa hoja una vez que está bien formada. Busca un pequeño terrón cuyo tamaño sea menor que la mitad de aquel que desplazó cuando el brote estaba abriéndose camino hacia el sol, y colócalo sobre la hoja de hierba ya crecida. ¿Cuál es el resultado? El terrón aplasta la hierba. No tiene en ella misma poder alguno. Prueba esto a continuación: toma la hojita cuando está tierna, cuando se está abriendo camino por debajo del terrón, y arráncala de la tierra. La tomas entonces por su base con dos dedos, y se dobla hasta tocar de nuevo la piel de tu mano, incapaz de mantenerse erguida. Cuesta imaginar algo más débil que ese brote. No obstante, momentos antes se mantenía en pie en contra de un peso mucho mayor que el propio. Ahí tienes un milagro que se reproduce millones de veces cada año, por más que muchos afirmen que la época de los milagros pasó.

¿Explicará algún científico cuál es el origen de esa fuerza portentosa manifestada en el brote de hierba, o en el estallido del hueso pétreo del durazno cuando brota el pequeño germen contenido en su interior? Ahí existe algo que el microscopio no

puede descifrar; algo que no es capaz de objetivar el más esmerado análisis químico. Podemos analizar la *manifestación* del Poder, pero no el propio *poder*. Los escépticos pueden burlarse si les place, pero nosotros nos alegramos sabiendo que ese poder no es otro que el de la palabra de Dios. La divina palabra dijo al principio: “Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla...”, y el poder de esa palabra hace brotar hoy la planta por más terrones que encuentre. No hay poder en el propio vegetal, pero ese débil instrumento permite al hombre presenciar el inefable poder de Dios. Todo el que quiera puede aprender en ello una lección.

¿He dicho que nosotros nos *alegramos* sabiendo que ese poder no es otro que el de la palabra de Dios? ¡Más que eso! Nos gozamos sobremanera por poder reconocer el poder de Dios hasta en las cosas más pequeñas. En ellas encontramos la seguridad de que Dios “es poderoso para hacer todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros” *Efesios 3:20*. El mismo poder que opera en el brote de hierba del campo, lo hace igualmente en aquel que pone en el Señor su confianza. “Toda carne es hierba” *Isaías 40:6*. El ser humano es tan débil e indefenso como la hierba, no poseyendo en sí mismo absolutamente ningún poder; no obstante, todo lo puede en Cristo, quien lo fortalece (*Filipenses 4:13*).

Recuerda de nuevo el experimento de la representación gráfica de la voz. Vimos en él cómo la voz humana puede reproducir *formas* de seres vivos, pero la voz de Dios produce los propios seres vivos.

No es solamente que las plantas, los árboles y las miríadas de variedades de frutos y flores crezcan en obediencia a la orden del Señor, sino que son la representación visible de su voz. Vemos la voz de Dios en la naturaleza, y esa es la base de nuestra confianza en esa palabra cuando la leemos en las Escrituras. No es por casualidad que el capítulo 11 de Hebreos, que registra algunas de las obras poderosas manifestadas en seres humanos débiles mediante una fe sencilla en la palabra de Dios, comience con la afirmación de que “por la fe comprendemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios” *Hebreos 11:3 (RV 1995)*. Esa sencilla declaración puede hacer sonreír a algunos.

La mente inculta del humilde indígena es capaz de ver a Dios en las nubes y de oírlo en el viento. Cuánto mejor es una mente inculta, que la mente dispuesta a “prestar oído a enseñanzas que te hacen divagar de la sabiduría” *Proverbios 19:27 (RV 1995)*.

Lo mismo que a los discípulos de antaño, Cristo nos dice: “Vosotros no me escogisteis a mí, sino que yo os escogí a vosotros, y os designé para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca” *Juan 15:16*.

¿Cómo hemos de dar fruto?

—Por el mismo poder que hace crecer al fruto natural. La palabra que dijo:  
“Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla, y árboles  
frutales que den fruto” *Génesis 1:11*, y cuyo poder podemos ver



manifestado en la hierba y en los árboles, nos dice a nosotros: ‘Da fruto. Fructifica’. Y si nos sometemos de voluntad a esa palabra tal como hace la creación inanimada, el fruto será igualmente abundante.

Ahora bien, observa que el fruto ha de ser para gloria de Dios: “En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto” *Juan 15:8*. Si el poder de fructificar estuviera en nosotros, no habría lugar

para la gloria de Dios. Cualquiera sea el fruto producido para gloria de Dios, lo es debido a que todo el poder está en él. Igual que la hierba,

no somos más que el débil instrumento sin fuerza mediante el cual Dios manifiesta su poder.

La orden divina es: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” *2 Pedro 3:18*. ¿Cómo hemos de crecer? —Tal como lo hace la semilla en el campo. Dijo Jesús: “Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo” *Marcos 4:26-27 (RV 1960)*.

Podemos no saber de qué manera la buena simiente de la palabra de Dios brota en nuestro interior y lleva fruto, pero nuestra ignorancia al respecto no hace diferencia alguna. “Dios le da un cuerpo como Él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo” *1 Corintios 15:38*. Nuestra parte es entregarnos al Labrador e Ingeniero divino: “Vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios” *1 Corintios 3:9*. Es él quien da el crecimiento y el perfecto fruto.



El crecimiento de una planta aparece repetidamente en las Escrituras como ilustración del crecimiento del cristiano. El apóstol Pablo dice: “Sois labranza [plantío] de Dios” *1 Corintios 3:9*. “El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha ungido el Señor para traer buenas nuevas a los afligidos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros; para proclamar el año favorable del Señor y el día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para conceder que a los que lloran en Sión se les dé diadema en vez de ceniza, aceite de alegría en vez de luto, manto de alabanza en vez de espíritu abatido; para que sean llamados robles de justicia, plantío del Señor, para que Él sea glorificado” *Isaías 61:1-3*.

Recuerda que todo es del Señor. Somos su plantío, su labranza, a fin de que él sea glorificado. Observa, no obstante, el paralelismo respecto al crecimiento de las



plantas. Nota cómo la salvación del pecado a una vida de justicia es comparable a la forma en que se entierra la simiente.

“En gran manera me gozaré en el Señor, mi alma se regocijará en mi Dios; porque Él me ha vestido de ropas de salvación, me ha envuelto en manto de justicia como el novio se engalana con una corona, como la novia se adorna con sus joyas. Porque como la tierra produce sus renuevos, y como el huerto hace brotar lo sembrado en él, así el Señor Dios hará que la justicia y la alabanza broten en presencia de todas las naciones” *Isaías 61:10-11*.

Es prodigioso lo que Dios puede hacer, con tal que se lo permitamos. Alguien objetará: ‘Si es tan poderoso, ¿por qué no impone su poder?’ —Sencillamente, porque su poder es el poder del amor, y el amor no recurre a la fuerza. Dios desea que todos estén satisfechos en el universo; en consecuencia, da a todos el perfecto don del libre albedrío relativo a qué es lo que van a tener. Él hace saber a cada uno el valor relativo de las cosas, y le ruega que escoja lo que es bueno; pero si alguien se determina a escoger lo malo, permite que lo tenga. Su reino lo poblarán seres humanos libres, no esclavos y prisioneros tal como sería el caso si Dios recurriera a la coacción a fin de salvarlos en contra de su voluntad individual. Dios tendrá súbditos en quienes poder confiar en todo lugar del universo; pero si forzara a alguien a ser salvo, tendría que seguir ejerciendo fuerza para retenerlo en su reino. Cristo vino a predicar libertad a los cautivos. No es su propósito hacer cautivos.

Pero cuando alguien anhela la salvación, por más insignificante o débil que sea a los ojos del mundo, incluso aunque no se lo considere de más valor que la hierba que pisamos, Dios obrará maravillas en él. Si Dios viste la hierba del campo, que hoy está y mañana arde en el rastrojo, mucho más revestirá de poder al ser humano —a quien creó a su propia imagen— con tal que se someta a él. Esa promesa divina de vestirnos no se limita a la ropa que nos cubre. “¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que la ropa?” *Mateo 6:25*. Él nos da lo que posee un valor infinito; por lo tanto, su promesa de vestirnos tanto más que a la hierba se refiere igualmente a las vestiduras de salvación y al manto de justicia de los que hemos de ser revestidos. Ese poder que obra de manera tan formidable en el diminuto brote de hierba, obrará aún con mayor poder en aquel que confía en el Señor.

“Observad cómo crecen los lirios del campo” *Mateo 6:28*. He afirmado que eso está escrito para darnos ánimo a crecer en la gracia. Hemos de crecer tal como hacen los lirios. Leamos ahora palabras de la Inspiración a fin de comprender que el lirio es una ilustración del crecimiento del cristiano en la gracia:

“Vuelve, oh Israel, al Señor tu Dios, pues has tropezado a causa de tu iniquidad. Tomad con vosotros palabras, y volved al Señor. Decidle: Quita toda iniquidad y acéptanos bondadosamente para que podamos presentar el fruto de



nuestros labios. Asiria no nos salvará, no montaremos a caballo, y nunca más diremos: «Dios nuestro» a la obra de nuestras manos, pues en ti el huérfano halla misericordia” *Oseas 14:1-3*. No hay duda posible: el Señor está aquí hablando de pecado y de justicia. A su pueblo que se apartó de él le dice que regrese, y le explica qué debe decir al regresar. Han de decir que no confiarán más en la obra de sus propias manos. Sus obras no han de provenir de ellos mismos, sino que han de ser las obras de Dios. Observa la seguridad que da a quienes se apartaron de él:

“Yo sanaré su apostasía, los amaré generosamente, pues mi ira se ha apartado de ellos. Seré como rocío para Israel; florecerá como lirio y extenderá sus raíces como los cedros del Líbano. Brotarán sus renuevos y será su esplendor como el del olivo, y su fragancia como la de los cedros del Líbano. Los que moran a su sombra cultivarán de nuevo el trigo y florecerán como la vid. Su fama será como la del vino del Líbano” *Oseas 14:4-7*.

Pero eso no es todo. El pueblo de Dios es su viñedo, su plantío, y ha de darle gloria. Dios no resultaría glorificado si el viñedo hubiese de ser destruido por falta de atención personal; en consecuencia, le da la seguridad de su cuidado. “Aquel día se dirá: Una viña de vino; de ella cantad. Yo, el Señor, soy su guardador; a cada momento la riego. Para que nadie la dañe, la guardo noche y día. No tengo furor. Si alguien me da zarzas y espinos en batalla, los pisotearé, los quemaré completamente, a no ser que él confíe en mi protección, que haga la paz conmigo, que conmigo haga la paz. En los días venideros Jacob echará raíces, Israel florecerá y brotará, y llenará el mundo entero de fruto” *Isaías 27:2-6*.

“Florecerá como el lirio” [“florecerá” se ha traducido de **parákj**, que significa también “crecerá”].

¿Qué necesidad hay de abundar todavía en la ilustración? Por más que lo procuráramos, nunca llegaríamos a agotar las Escrituras. El propósito de este escrito es animar al lector a que estudie por sí mismo la Palabra en mayor profundidad, y a que se apropie de ella como siendo la palabra viviente del Dios que vive y que obra poderosamente en todo aquel que cree. No imagines lejos al Señor. Permite que tu fe evidencie que está cerca de ti, que es tu pronto auxilio en las tribulaciones. Dios está cercano, a la mano; no alejado, y no hay para él nada demasiado difícil. Ha dejado escrito su amor y su poder en toda la creación, y quiere hablarnos mediante las cosas que creó. “En Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:17*. Esa misma palabra que llamó al universo a la existencia, la palabra que dijo: “Produzca la tierra vegetación”, nos habla a nosotros en las palabras de la ley de Dios. Pero su ley no es un decreto implacable y sin vida que los débiles mortales deben esforzarse en vano en cumplir mientras Dios los mira con severidad, presto a señalarlos con desdén y a castigarlos por su fracaso. No. Sabemos “que su mandamiento es vida eterna” *Juan 12:50*. Esa misma palabra que nos dice “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón ... y a tu prójimo como a ti mismo” *Lucas 10:27*, derrama su amor en nuestros corazones (*Romanos 5:5*)

precisamente de igual forma en que la palabra de Dios hace que la planta florezca y fructifique. Bien podemos cantar:

*¡Cuán dulces son, Señor, tus leyes!  
¡Qué amables tus preceptos!  
Mi carga pongo a tus pies,  
confiado en tu poder.*

*Tus ojos velan incansables,  
seguro en ti estaré.  
La mano que sustenta al mundo  
me guardará también.*

*¿Por qué tendré ansiedad,  
pudiendo a ti correr?  
Tu trono es paz y santidad,  
me da feliz descanso.*

*Tu amor es constante y firme,  
día tras día renueva mi vigor.  
Mi carga a tus pies dejaré,  
y a ti cantaré, oh Dios.*



“Él extiende el norte sobre el vacío, y cuelga la tierra sobre la nada”  
*Job 26:7*

## CUARTO DÍA – EL FIRMAMENTO DECLARA LA OBRA DE SUS MANOS

(ÍNDICE)



En ninguna otra parte de la creación de Dios encontramos lecciones del evangelio tan maravillosas como en los cielos. Hemos visto ya que los cuerpos celestes predicán el evangelio aun sin emitir palabra. El apóstol Pablo, tras haber afirmado que no todos obedecen al evangelio, añade que la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios; y entonces pregunta: “¿Acaso nunca han oído?” Oído ¿qué? —Por supuesto, el evangelio. Entonces responde a su pregunta de este modo: “Ciertamente que sí”, y lo prueba citando las palabras del salmista respecto a los cielos: “Por toda la tierra ha salido su voz, y hasta los confines del mundo sus palabras” *Romanos 10:15-18*. Por consiguiente, los cielos predicán amplia y poderosamente el evangelio. Prestemos atención a algunos puntos de la Palabra a fin de estar mejor capacitados para leer el lenguaje de los cielos.

“Los cielos proclaman la gloria de Dios, y la expansión anuncia la obra de sus manos” *Salmo 19:1*. Relaciona con ese salmo la siguiente declaración relativa al hombre: “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” *Efesios 2:10*. Se emplea un lenguaje similar respecto a nosotros y a los cielos. Ambos son obra de Dios, y ambos son creados en Cristo; en nuestro caso a condición de que nos sometamos a él. Las buenas obras son aquello para lo que fuimos creados: buenas obras mediante las que glorificamos a nuestro Padre celestial. Si tenemos las buenas obras, nosotros, lo mismo que los cielos, declaramos la gloria de Dios.

Los cielos cumplen la obra que Dios les asignó. Lo hacen por estar perfectamente sujetos a su voluntad. Si nosotros lo estamos igualmente, cumpliremos la obra que nos ha asignado. Y esa obra le da gloria, ya que es él quien obra en nosotros. Observa que Dios ha preparado esas obras de antemano a fin de que anduviésemos en ellas. Así, Cristo dice de quien practica la verdad, que ha venido a la luz “para que sus acciones sean manifestadas que han sido hechas en Dios” *Juan 3:21*. Dios mismo hace las obras; si no fuera así, no se trataría de la justicia de Dios. También

los cielos son obra de Dios. Cuando nos sometemos a su voluntad tal como hacen ellos por naturaleza, declararemos la gloria de Dios tan plenamente como los cielos, incluso si, como ellos, fuéramos incapaces de emitir palabra.

Los cielos son prenda y garantía de la fidelidad de Dios. “Por siempre cantaré de las misericordias del Señor; con mi boca daré a conocer tu fidelidad a todas las generaciones. Porque dije: Para siempre será edificada la misericordia; en los cielos mismos establecerás tu fidelidad” *Salmo 89:1-2*. La existencia de los cielos es una prenda de que Dios no ha olvidado sus promesas de misericordia al ser humano. El capítulo 31 del libro de Jeremías rebosa de “preciosas y grandísimas promesas” (2 *Pedro 1:4*) hechas a su pueblo: “Perdonaré su maldad y no recordaré más su pecado. Así dice el Señor, el que da el sol para luz del día, y las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche, el que agita el mar para que bramen sus olas; el Señor de los ejércitos es su nombre: Si se apartan estas leyes de mi presencia —declara el Señor— también la descendencia de Israel dejará de ser nación en mi presencia para siempre” *Jeremías 31:34-36*. Por tanto tiempo como el sol, la luna y las estrellas sigan cumpliendo su tarea asignada, los hombres hallarán gracia con el Señor, pudiendo acudir a él en la seguridad de encontrar perdón, paz y justicia.

Hay más al respecto: “Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por uno mayor, juró por sí mismo” *Hebreos 6:13*. Fue un juramento para confirmar la promesa, que ya era de por sí inmutable. “Por lo cual Dios, deseando mostrar más plenamente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su propósito, interpuso un juramento a fin de que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, los que hemos buscado refugio seamos grandemente animados para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros, la cual tenemos como ancla del alma, una esperanza segura y firme, y que penetra hasta detrás del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho, según el orden de Melquisedec, Sumo Sacerdote para siempre” *Hebreos 6:17-20*.

Observa dos cuestiones: en primer lugar, ese juramento y promesa se dieron por causa nuestra. Abraham no necesitaba que Dios confirmara la promesa mediante un juramento, pues demostró plenamente que creía en la clara palabra del Señor. Dios hizo el juramento para reforzar nuestra fe en su palabra. En segundo lugar, tanto el juramento como la promesa se relacionan con el perdón de los pecados y con toda la bendición que Cristo como Sumo sacerdote nos asegura. Están previstos para nuestro ánimo y consuelo cuando corremos a refugiarnos en Cristo. Por consiguiente, cuando acudimos a Cristo confiadamente, “al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna” *Hebreos 4:16*, tenemos de antemano la seguridad mediante la promesa de Dios (respaldada por su juramento) de que recibiremos todo lo que pedimos. Detengámonos aquí para considerar lo que eso significa.

El juramento de Dios es en realidad una promesa de su propia existencia. Él juró por sí mismo. Con ello declaró que si fallara su promesa, su vida dejaría de ser. Sus promesas son tan imperecederas como él mismo. De igual forma en que Dios existe



“desde la eternidad y hasta la eternidad” *Salmo 90:2; 106:48*, así también “la misericordia del Señor es desde la eternidad hasta la eternidad” *Salmo 103:17*. El Padre y el Hijo son Uno. Por lo tanto, Cristo está comprometido en la promesa de Dios. Pero “en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:16-17*. Es Cristo quien “sostiene todas las cosas por la palabra de su poder” *Hebreos 1:3*.

La existencia de los cielos y la tierra depende de la existencia de Dios. Pero él ha supeditado su existencia al cumplimiento de sus promesas. Por consiguiente, la existencia de los cielos —y de todo el universo— depende de las promesas de Dios hechas al pecador que cree. Si un solo pecador, sin importar cuán indigno, insignificante o ignoto sea, acude sinceramente al Señor pidiendo perdón y santidad y no los recibiera, en ese mismo instante el universo entero vendría a ser un caos y dejaría de existir. Pero el sol, la luna y las estrellas siguen aún ocupando su lugar en el firmamento como prueba de que Dios jamás ha fallado a un alma que ponga en él su confianza, y como prueba de que nunca ha decaído su misericordia. Por lo tanto, su fidelidad está reflejada en los cielos. Si permitimos que el sol, la luna y las estrellas nos cuenten su relato cada vez que los miramos, viviremos mejores vidas y no conoceremos el desánimo.

“Porque sol y escudo es el Señor Dios” *Salmo 84:11*. Tal como el sol provee luz y calor a la tierra, así el Señor es la Luz de los hombres y los consuela con su gracia. Toda la luz y calor que recibe la tierra en la forma que sea, procede del sol. La luz que permite que encontremos el camino durante las horas oscuras en las calles atestadas de la ciudad o la que nos permite leer en nuestro estudio, provienen del sol. Lo mismo es cierto del cálido resplandor de la leña en la hoguera, o del carbón encendido que atempera nuestra habitación en el frío invierno. El sol es la fuente inmediata de todo calor.

El sol da luz, y luz equivale a vida. ¡Con qué avidez buscan las plantas el sol! ¿Has visto crecer una planta en una bodega oscura? Es toda ella debilidad mortecina. Pero permite que le llegue luz desde una ventana y la verás revivir. Comienza a crecer en dirección a la luz que recibe. No existiría vida vegetal o animal de no ser por la luz que el sol provee a la tierra.

Pero la luz significa crecimiento. Esa luz del sol que es la vida de las plantas, es también la causa de su crecimiento. La planta crece acumulando la luz y el calor del sol. Las plantas de crecimiento rápido, aquellas que pasan de la semilla a la madurez en pocas semanas o meses, poseen en ellas mismas muy pocas calorías. No sirven como combustible. Pero el duro y pesado roble de crecimiento centenario y lento, tan lento que es imposible apreciarlo de un año al siguiente, almacena una ingente cantidad de energía procedente del calor solar. Otros árboles, de crecimiento aún más lento, acumulan mayor calor todavía.

La madera de esos árboles quedó enterrada, y en el curso de los siglos apareció transformada en carbón, que se utiliza como combustible y nos devuelve el calor que acumuló y recibió del sol. La razón por la que recibimos mucho



más calor de la combustión del carbón, que de la radiación solar directa, es porque en el carbón encontramos concentrado el calor de la radiación solar recibida por años.

Lo que es el sol para la tierra y para la vida vegetal, es Dios para su pueblo. “Sol y escudo es el Señor Dios” *Salmo 84:11*. De la manera en que el sol da vida física a las plantas con su luz, así Dios da vida espiritual —la única vida auténtica— a su pueblo. La vida de Cristo es la luz del mundo. De igual forma en que el roble acumula el calor del sol, quien vive en la luz de Dios acumula esa luz, que es su vida. Esa luz y vida que significan luz y crecimiento para el cristiano, deben ser compartidas para iluminar y dar calor a los demás.

Alguien podría pensar que a fin de rematar la ilustración, debería ser el cristiano de crecimiento más lento el que tuviera la mayor porción de vida de Dios. Pero no se debe olvidar que el justo vivirá por la fe. La vida del cristiano no se mide por años, sino por la fe manifestada. Cuanta mayor su fe —que conlleva humildad y confianza—, más de la vida de Dios tiene. Y cuanto más vida de Dios se apropie, en mayor grado fluirá hacia los demás, ya que no es posible ocultar la vida de Dios.

Citamos de nuevo: “Porque sol y escudo es el Señor Dios; gracia y gloria da el Señor” *Salmo 84:11*. ¿Por qué motivo nos habla Dios de su gloria? ¿Qué podemos saber de ella? ¡La tenemos cada día ante nuestra vista! “Los cielos proclaman la gloria de Dios, y la expansión anuncia la obra de sus manos” *Salmo 19:1*. El salmista lo expresa aún más claramente aquí: “¡Oh Señor, Señor nuestro! ¡Cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra, que has desplegado tu gloria sobre los cielos!” *Salmo 8:1*. Los cielos declaran la gloria. La gloria del sol cuando brilla en su fuerza no es más que un reflejo de la gloria del Señor. La gloria en la que Dios habita —la luz a la que ningún ser humano puede acceder— se revela parcialmente en el firmamento. Es cierto en el más literal de los sentidos que Cristo, el Creador, es la luz del mundo.

Pero la gracia y la gloria son equivalentes e intercambiables. Leemos en *Hebreos 1:3* que Cristo es el resplandor de la gloria del Padre. “A cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia conforme a la medida del don de Cristo” *Efesios 4:7*. Cristo está “lleno de gracia y de verdad” *Juan 1:14*, y “de su plenitud todos hemos recibido, y gracia sobre gracia” *Juan 1:16*. Resulta evidente que la gracia y la gloria son iguales en medida. Cuando Dios concede gracia, lo hace de acuerdo con las riquezas de su gloria; y cuando da gloria, lo hace según las riquezas de su gracia. Más adelante lo veremos en mayor claridad.

Hay poder en la gloria de Dios: “Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre” *Romanos 6:4*. La inspirada oración respecto a nosotros es para que seamos “fortalecidos con todo poder según la potencia de su gloria” *Colosenses 1:11*. Los cielos revelan esa potencia de su gloria. Es la que mantiene el cielo en su lugar. Es el poder que ejerce sobre la tierra, el poder por el que la vida se sostiene. Al contemplar la gloria del sol, o el cielo cubierto de estrellas y la luna llena, podemos recordar que en su esplendor están declarando la gloria de Dios, y por consiguiente nos están hablando de la plenitud y el poder de su gracia que es derramada abundantemente sobre nosotros mediante Jesucristo nuestro Salvador.



La gloria de Dios es su bondad. El apóstol nos dice que “todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios” *Romanos 3:23*. Observa que el no alcanzar la gloria de Dios se debe al hecho de que el ser humano pecó. De no haber pecado, habría alcanzado esa gloria de Dios. Por lo tanto, es evidente que la bondad de Dios es su gloria. Pero es la bondad de Dios la que induce al hombre a arrepentirse: “La bondad de Dios te guía al arrepentimiento” *Romanos 2:4*. Dice el salmista: “¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has obrado para los que en ti se refugian, delante de los hijos de los hombres!” *Salmo 31:19*. Es su bondad o justicia la que debemos procurar, y es la que se pone *sobre* y *en* todo aquel que cree. La bondad de Dios concibió el plan de la redención. Pero “por gracia sois salvos” *Efesios 2:8*. Por consiguiente, la gracia de Dios es sencillamente la manifestación al hombre de su bondad, y su bondad es su gloria. Así, la gracia y la gloria de Dios son realmente una misma cosa.

“Gracia y gloria da el Señor” *Salmo 84:11*. ¿Cuándo las dará? ¿Se trata de gracia ahora, y gloria en el futuro? —No. Da ambas ahora a quienes lo reciben. Da ahora gloria en forma de gracia, y en el futuro dará gracia en forma de gloria. Oye las palabras de Cristo —quien es el resplandor de la gloria de Dios— orando al Padre: “Glorifícame tú, Padre, junto a ti, con la gloria que tenía contigo antes que el mundo existiera” *Juan 17:5*. Hablando a sus discípulos (no sólo a los doce, sino a todos los que creerían en él mediante la palabra de ellos), dijo: “La gloria que me diste les he dado” *Juan 17:22*. Por lo tanto, esa gloria es ahora nuestra si queremos recibirla.

Cuando Cristo vino a esta tierra su naturaleza real no apareció en su plenitud ante quienes lo vieron. Para ellos era un hombre más. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” *Juan 1:11*. No obstante, era el Hijo de Dios. Sucede lo mismo con quienes mediante él han recibido la adopción. “Mirad cuán gran amor nos ha otorgado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; y eso somos. Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él. Amados, ahora somos hijos de Dios y aún

no se ha manifestado lo que habremos de ser. Pero sabemos que cuando Él se manifieste seremos semejantes a Él porque le veremos como Él es” *1 Juan 3:1-2*.

Concuerdan con lo anterior las palabras del apóstol Pablo: “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también ansiosamente esperamos a un Salvador, el Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de nuestro estado de humillación en conformidad al cuerpo de su gloria, por el ejercicio del poder que tiene aún para sujetar todas las cosas a sí mismo” *Filipenses 3:20-21*.

Recuerda: Cristo afirmó haber dado a sus discípulos la gloria que el Padre le dio a él. Esa gloria se hizo visible cuando Cristo estuvo en el monte de la transfiguración junto a tres de sus discípulos. La misma gloria se manifestará en nosotros en su venida, aunque no es evidente por ahora. Cuando él estuvo en la tierra, el resplandor de su gloria estaba velado, y así sucede con aquellos en quienes él mora. Pero su gloria está ciertamente allí, esperando a ser revelada en la venida de Cristo. Dice el apóstol: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él a fin de que también seamos glorificados con Él. Pues considero que los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que nos ha de ser revelada” *Romanos 8:16-18*.

Observa: en nosotros se va a revelar la gloria. La hemos tenido todo el tiempo en forma de gracia de Dios, y cuando él regrese se revelará.

También aparece en este pasaje: “Por su amor nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” *Efesios 1:5-6 (RV 1995)*. La gracia del Señor tiene gloria. Es gloria.

En esta escritura encontramos la intercambiabilidad, o más bien la identidad entre gracia y gloria: “Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), y con Él nos resucitó, y con Él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” *Efesios 2:4-7*.

De igual forma en que en este tiempo se nos da la gloria de Dios en forma de gracia —gracia “conforme a las riquezas de su gloria” *Efesios 3:16*— a fin de que seamos “para alabanza de la gloria de su gracia” *Efesios 1:6*, así también en las edades venideras, cuando “los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” *Mateo 13:43*, cuando “brillarán como el resplandor del firmamento ... como las estrellas” *Daniel 12:3*, no harán más que mostrar las riquezas de la gracia mediante la cual fueron salvos. Esa gloria semejante a la de las estrellas en la que ellos brillarán por las edades eternas será la manifestación de la gracia que en esta vida mortal hizo posible que Cristo habitara plenamente en ellos (*Efesios 3:19*).

Hemos aprendido que la bondad de Dios es su gloria, y que él nos viste con su bondad. Observa ahora nueva evidencia de que en este tiempo presente recibimos la gloria de Dios: “Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu” *2 Corintios 3:18 (NVI)*.

El pasaje alude al rostro de Moisés cuando comunicaba al pueblo la palabra del Señor. Hablaba cara a cara con el Señor tal como hacemos con un amigo, de forma que su propio rostro resultó glorificado con la gloria del rostro de Dios. Nosotros hemos de reflejar la gloria de Dios. Pero tal como Moisés, quien “no sabía que la piel de su rostro resplandecía por haber hablado con Dios” *Éxodo 34:29*, quien progresa de gloria en gloria en la luz del Señor será inconsciente de esa transformación.

A la vista del poder transformador de la gracia de Dios, cuán significativa es la bendición pronunciada sobre los hijos de Israel: “El Señor te bendiga y te guarde; el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; el Señor alce sobre ti su rostro y te dé paz” *Números 6:24-26*.

Por lo tanto, “bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte; andará, Jehová, a la luz de tu rostro. En tu nombre se alegrará todo el día y en tu justicia será enaltecido, porque tú eres la gloria de su potencia y por tu buena voluntad acrecentarás nuestro poder” *Salmo 89:15-17 (RV 1995)*.

*Señor, tu gloria llena el cielo,  
la tierra rebosa de tu bondad.  
A ti sea toda gloria.  
¡Santo, santo, santo Señor!  
En el cielo resuena la alabanza,  
la tierra se une al coro de ángeles,  
cantando: ¡Santo, santo eres, Jehová!  
Altísimo Jehová de los ejércitos.*

*Señor de la vida, tu gloria alumbró;  
Señor Jesús, formaste el universo;  
tu sonrisa ilumina y trae esperanza,  
consuela y anima al santo en su dolor.  
Amor tan puro y sin medida  
solo en tu pecho pudo estar:  
¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! Amén.*

*Rey de gloria, rey por siempre,  
tuya es la corona eterna;  
ningún poder ni pasión terrena  
podrá apartarnos de tu amor.  
Tu gracia es nuestra vida;  
veremos tu rostro un día.  
¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! Amén.*

*Ven, Salvador; ven sin tardanza;  
trae el glorioso amanecer,  
cuando al resonar tu voz  
cielos y tierra tiemblen.  
Con arpas de oro, en armonía,  
cantaremos: Gloria a nuestro Rey:  
¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! Amén.*



## QUINTO DÍA – PÁJAROS, PECES Y ANIMALES TERRESTRES

(ÍNDICE)

“Dijo Dios: Llenense las aguas de multitudes de seres vivientes, y vuelen las aves sobre la tierra en la abierta expansión de los cielos ... Entonces dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género: ganados, reptiles y bestias de la tierra según su género. Y fue así. E hizo Dios las bestias de la tierra según su género, y el ganado según su género, y todo lo que se arrastra sobre la tierra según su género. Y vio Dios que era bueno” *Génesis 1:20, 24-25*.

Lo anterior se escribió para nuestra enseñanza. A partir de las criaturas vivientes que nos rodean, tanto como de la creación inanimada, es el propósito de Dios que aprendamos acerca de él y de su amor.

“Pregunta a las bestias, y que ellas te instruyan, y a las aves de los cielos, y que ellas te informen. O habla a la tierra y que ella te instruya, y que los peces del mar te lo declaren. ¿Quién entre todos ellos no sabe que la mano del Señor ha hecho esto, que en su mano está la vida de todo ser viviente, y el aliento de toda carne de hombre?” *Job 12:7-10*.

La gran lección por aprender a partir de los órdenes inferiores de la creación es esta: si Dios cuida lo menor, ¿cuánto más cuidará al hombre, a quien creó a su propia imagen, y quien fue la obra culminante de sus manos? Dijo el Salvador: “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Y sin embargo ni uno de ellos caerá a tierra sin permitirlo vuestro Padre” *Mateo 10:29*. Y aún con mayor fuerza: “¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Y sin embargo ni uno de ellos está olvidado ante Dios. Es más, aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis; vosotros valéis más que muchos pajarillos” *Lucas 12:6-7*.

Nos dice también el Señor: “Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mucho más valor que ellas?” *Mateo 6:26*. En el cuidado de Dios por las aves tenemos la seguridad de que cuidará de nosotros; y así como ellas no se preocupan ansiosamente, tanto menos debiéramos hacerlo nosotros. No hay duda de que Dios cuidará mucho más a las personas que a los pájaros, en la medida en que nuestras necesidades y valor son mayores que los de ellos.

Pero el cuidado que Dios tiene hacia los pájaros significa más que la seguridad de que él atenderá nuestras necesidades físicas, ya que la vida es más que la comida. El cuidado de Dios por nosotros nos asegura que él suplirá nuestra necesidad “conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” *Filipenses 4:19*. Aquel que cuida lo menor, no olvidará lo mayor. El cuidado de Dios hacia sus criaturas más insignificantes debiera animarnos cuando acudimos al trono de su gracia en busca del oportuno socorro y ayuda en tiempo de necesidad (*Hebreos 4:16*). Él es nuestro Garante:

“Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira y grande en misericordia. Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras. ¡Te alaben, Jehová, todas tus obras, y tus santos te bendigan! La gloria de tu reino digan y hablen de tu poder, para hacer saber a los hijos de los hombres sus poderosos hechos y la gloria de la magnificencia de su reino. Tu reino es reino de todos los siglos y tu señorío por todas las generaciones. Sostiene Jehová a todos los que caen y levanta a todos los oprimidos. Los ojos de todos esperan en ti y tú les das su comida a su tiempo. Abres tu mano y colmas de bendición a todo ser viviente. Justo es Jehová en todos sus caminos y misericordioso en todas sus obras. Cercano está Jehová a todos los que lo invocan, a todos los que lo invocan de veras. Cumplirá el deseo de los que lo temen; oírás asimismo el clamor de ellos y los salvará” *Salmo 145:8-19 (RV 1995)*.

Pero que Dios se ocupe de todas sus criaturas, y que todas ellas obtengan de su brazo extendido lo que necesitan no significa que se hayan de sentar de brazos cruzados esperando que la comida les caiga en la boca. Dios provee alimento a todos, y espera que ellos lo tomen.

“Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Tú les das, ellos recogen; abres tu mano, se sacian de bienes” *Salmo 104:27-28*.

Los pájaros revolotean para recoger lo que el Señor ha provisto para ellos, pero el hecho de que lo busquen no significa que no lo reciban directamente de la mano de Dios. Así, el hecho de que el hombre trabaje para su sustento no significa que no lo esté recibiendo directamente del Señor. El ser humano es tan dependiente del Señor para su pan cotidiano como lo son los pájaros para su comida. Excepto por el cuidado providencial de Dios no habría nada que recoger, y si no fuera por ese mismo cuidado providencial no habría en el ser humano habilidad alguna para encontrarlo y recogerlo. “Cuando hayas comido y te hayas saciado, bendecirás al Señor tu Dios por la buena tierra que Él te ha dado. Cuídate de no olvidar al Señor tu Dios dejando de guardar sus mandamientos, sus ordenanzas y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no sea que cuando hayas comido y te hayas saciado, y hayas construido buenas casas y habitado en ellas ... entonces tu corazón se enorgullezca y te olvides del Señor tu Dios ... No sea que digas en tu corazón: «Mi poder y la fuerza de mi mano me han producido esta riqueza». Mas acuérdate del Señor tu Dios, porque Él es el que te da poder para hacer riquezas” *Deuteronomio 8:10-18*.



Debemos aprender lecciones espirituales a partir de lo material. Dios ha provisto toda bendición espiritual necesaria para el hombre, y más de lo que puede discernir. “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha

bendecido con toda bendición espiritual en los [lugares] celestiales en Cristo” *Efesios 1:3*. Alguien a quien se citaron estas palabras preguntó: ‘Si es así, ¿por qué no poseo todas las bendiciones espirituales? ¿Por qué me falta tanto, y por qué encuentro tan poca satisfacción en la vida cristiana?’ Esta es la respuesta: ¿Qué dirías a alguien que llega a tu casa muy hambriento, y sigue así después que le serviste a la mesa lo mejor de tu despensa? ¿Qué dirías si se lamenta en estos términos mostrándote las manos vacías?: ‘¡Estoy tan hambriento! ¡Cuánto daría por tener algo que comer!’ Responderías que si pasa hambre es por su propia decisión. Le has dado abundantemente, todo cuanto tiene que hacer es servirse y comer. El hecho de que siga hambriento no demuestra que no le hayas dado todo lo que necesita. Lo mismo sucede con los dones de la gracia de Dios. Él te ha dado toda bendición espiritual. Si careces de ella es porque no tomas aquello que se te ha dado tan generosamente.

Pero el interlocutor insistió en que esa no era una ilustración apropiada, ya que, dijo: ‘El pobre puede ver la comida puesta sobre la mesa, pero yo no puedo ver las bendiciones de Dios’. Cierto. No podemos verlas, pero podemos estar más seguros de ellas que si las pudiéramos ver. Tenemos la seguridad de la palabra de Dios respecto a que se nos han dado, y no puede haber duda al respecto. Nuestra vista nos engaña a menudo, pero el Señor nunca lo hace. No ponemos “nuestra vista en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” *2 Corintios 4:18*.

La palabra del Señor crea aquello que antes no existía; por consiguiente, podemos tener la seguridad de que todo lo que necesitamos para esta vida tanto como para la venidera, se nos ha dado gratuitamente; y que apropiarnos de ello es todo cuanto debemos hacer.



## SEXTO DÍA - ¿QUÉ ES EL HOMBRE?

(ÍNDICE)

“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú has establecido, digo: ¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que lo cuides?” *Salmo 8:3-4*.

Así habló el salmista, y así debiera sentir quien aprecie debidamente las obras de Dios. Es común para el humano tener una elevada opinión sobre sí mismo y sus méritos hasta el punto de olvidar su dependencia de Dios. Para el hombre es natural sentirse independiente e imaginar que uno se sostiene a sí mismo, pudiendo perpetuar su propia existencia.

Un historiador describió acertadamente la deriva del ser humano, en su comentario referido a los antiguos filósofos y su investigación exquisita sobre la naturaleza humana: “Su razón a menudo fue guiada por la imaginación; y esta, a su vez, estuvo motivada por la vanidad. Al contemplar con complacencia la magnitud de sus propios poderes mentales, al poner en acción sus diversas facultades de memoria, imaginación y juicio, junto a sus más profundas especulaciones y sus obras más importantes; y cuando meditaban en su deseo de fama que los transportaba a las edades futuras más allá de las fronteras de la muerte y de la tumba, no se podían resignar a identificarse con las bestias del campo ni a suponer que un ser cuya dignidad inspiraba en ellos tan sincera admiración se redujera a un puñado de tierra y unos pocos años de existencia” *Edward Gibbon, “Decline and Fall of the Roman Empire” cap. XV, parr. 18*.

No es muy diferente la descripción del apóstol Pablo: “Aunque conocían a Dios no le honraron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se hicieron vanos en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios se volvieron necios y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” *Romanos 1:21-23*. Era tal su orgullo y vanidad, que “no tuvieron a bien reconocer a Dios” *Romanos 1:28*.

Quien es verdaderamente sabio tiene una disposición bien diferente. El rey David llevó también a cabo ciertas investigaciones sobre la naturaleza humana, aunque desde otro punto de vista. Se deseó saber cómo lo veía Dios: “Ardía mi corazón dentro de mí; mientras meditaba se encendió el fuego; entonces dije con mi lengua: Señor, hazme saber mi fin, y cuál es la medida de mis días, para que yo sepa cuán efímero soy. He aquí, tú has hecho mis días muy breves, y mi existencia es como nada delante de ti; ciertamente todo hombre, aun en la plenitud de su vigor, es solo un sople” *Salmo 39:3-5*.

Considerando la fosa que las naciones paganas cavaron para sí, y en la que finalmente cayeron, y la forma en que se enorgullecían contra Dios, el salmista oró: “Pon temor en ellas, oh Señor; aprendan las naciones que no son sino hombres”

*Salmo 9:20.* Piensa en ello: “¡No son sino hombres!” Las naciones se enorgullecen por el hecho de estar formadas por hombres, y se sienten competentes para prescindir de Dios; pero la palabra de Dios afirma que son *meramente* hombres. El ser humano no es nada en sí mismo, y sólo puede ser algo porque Dios le da la oportunidad y el poder.

Detengámonos a leer lo que afirma la Escritura sobre el origen del hombre: “Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” *Génesis 1:26-27*. “Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente” *Génesis 2:7*.

Lo mismo que los animales, el hombre fue hecho a partir de la tierra. No es más que “polvo y ceniza” *Génesis 18:27*. No se puede jactar en absoluto ni siquiera sobre los animales que le fueron sujetos, ya que la única razón por la que el hombre se diferencia del resto de animales es porque el poder de Dios es capaz de hacer del mismo barro un vaso para honra y otro para deshonra. La tierra es el sustrato del que surge toda criatura animada. “El hombre no tiene ventaja sobre los animales, porque todo es vanidad. Todos van a un mismo



lugar. Todos han salido del polvo y todos vuelven al polvo” *Eclesiastés 3:19-20*. Tras la muerte y la descomposición, el polvo del príncipe no se diferencia del polvo del pobre, ni siquiera del polvo de su difunto perro. Si finalmente el hombre no comparte el destino de los animales pasando al olvido, es sólo porque fue humilde y aceptó la sabiduría que viene de Dios, ya que “el hombre en su vanagloria, pero sin entendimiento, es como las bestias que perecen” *Salmo 49:20*. ¿Por qué se habría de enorgullecer el hombre mortal?

El ser humano fue hecho del polvo de la tierra a fin de que recordara que no es nada en sí mismo. Pero fue hecho también a imagen de Dios para que supiera las infinitas posibilidades puestas ante él: su asociación con el propio Dios; él, que en sí mismo no tenía mayor poder que el polvo de la tierra sobre la que camina, pero que sería capaz de grandes cosas mediante el poder y la bondad de Dios. Y por extraño que parezca, sus capacidades son máximas cuando es sensible a sus debilidades. “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” *2 Corintios 12:10*.

“Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente” *Génesis 2:7*. Ni siquiera aquí puede el hombre pretender superioridad. Los animales del campo respiran el mismo aire que él. Es el don de Dios para él y para ellos. El simple hecho de que respire por la nariz es una evidencia de su fragilidad. “Dejad de considerar al hombre, cuyo soplo



de vida está en su nariz; pues ¿en qué ha de ser él estimado?” *Isaías 2:22*. Dios le ha dado el soplo de vida, pero ¡qué débil es el control humano sobre ese soplo! “No sabéis cómo será vuestra vida mañana. Sólo sois un vapor que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece” *Santiago 4:14*.

¿Cómo es eso posible, teniendo en cuenta que es Dios quien dio la vida al ser humano? —No es porque la vida que Dios da sea cosa de poco valor, sino porque el hombre la tiene en tan frágil posesión. La respiración de todo lo que vive está en la mano de Dios, y la puede retirar tal como la dio. “Si Él determinara hacerlo así, si hiciera volver a sí mismo su espíritu y su aliento, toda carne a una perecería, y el hombre volvería al polvo” *Job 34:14-15*. “Entonces volverá el polvo a la tierra como lo que era, y el espíritu volverá a Dios que lo dio” *Eclesiastés 12:7*. Hasta aquí no hemos encontrado nada de lo que el hombre pueda jactarse.

Qué natural es para las personas en situaciones extremas acudir a otros, o a otro poder humano en busca de ayuda. Pero no hay hombre sobre la tierra que tenga poder para obrar un cambio en su propia condición física. No puede cambiar el color de su cabello ni añadir un centímetro a su estatura. “...Los que confían en sus bienes y se jactan de la abundancia de sus riquezas ... Nadie puede en manera alguna redimir a su hermano ni dar a Dios rescate por él” *Salmo 49:6-7*. Por consiguiente, tenemos la exhortación: “No confiéis en príncipes ni en hijo de hombre en quien no hay salvación. Su espíritu exhala, él vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos” *Salmo 146:3-4*. ¿En quién confiaremos? “Bienaventurado aquel cuya ayuda es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en el Señor su Dios, que hizo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que guarda la verdad para siempre” *Salmo 146:5-6*.

No hay vida que no proceda de Dios. “En ti está la fuente de la vida” *Salmo 36:9*. Pero la vida es justicia: “Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz” *Romanos 8:6*. El pecado es muerte, y procede de Satanás; y el Hijo de Dios apareció para destruir las obras del diablo. El pecado será erradicado finalmente del universo, e inevitablemente lo serán también aquellos cuyas vidas sigan siendo pecado. Si se aferran a sus vidas pecaminosas habrán de ser destruidos con el pecado. Cristo es la justicia de Dios, ya que sólo Dios es bueno, y en Cristo habita toda la plenitud de Dios. En consecuencia, solamente quienes tienen a Cristo pueden tener esperanza de vida en el más allá. De hecho, la vida presente no es realmente vida. “El testimonio es este: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” *1 Juan 5:11-12*. No sólo eso: “El que se niega a creer en el Hijo no verá la vida” *Juan 3:36 (RV 1995)*.

Ciertamente va a tener lugar la resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos; pero sólo los primeros serán resucitados para vida. Los obradores de maldad saldrán de sus sepulcros para resurrección de condenación (*Juan 5:28-29*). Al resucitar “sufrirán el castigo de eterna destrucción, excluidos de la presencia del



Señor y de la gloria de su poder” *2 Tesalonicenses 1:9*. Puesto que carecen de justicia —que es vida—, nada hay que permita la continuación de su existencia.

Lo anterior tiene por fin enseñar al ser humano que sólo en Dios hay esperanza, que Dios es supremo y que sólo a él pertenece el poder. No solamente el individuo, sino “todas las naciones ante Él son como nada, menos que nada e insignificantes son consideradas por Él” *Isaías 40:17*. Si bien lo anterior debiera despertar humildad en cada uno, no obstante, de forma alguna debiera desanimarlo. Al contrario: es para animarnos, dado que Dios hizo el universo a partir de nada, y de igual forma puede tomar al ser humano que pone en él su confianza, y hacer de él como Dios desea. “Para que nadie se jacte delante de Dios. Mas por obra suya estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención; para que, tal como está escrito: el que se gloría, que se gloríe en el Señor” *1 Corintios 1:29-31*. El hombre no debiera avergonzarse por su humilde origen, dado que mediante Cristo puede alcanzarlo todo.

A partir de la fragilidad del ser humano podemos aprender todavía otra lección animadora que muestra cómo sólo en la humildad se encuentra la genuina exaltación. Puesto que todas las cosas proceden de Dios, el hombre sólo puede alcanzar su condición más elevada cuando reconoce de buen grado que no es nada, y se rinde al amoroso poder de Dios. El capítulo 40 de Isaías contiene el mensaje que ha de preparar a un pueblo para la venida del Señor en gloria. Es un mensaje de ánimo, puesto que señala el poder de Dios. Este es el mensaje:

“Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle a voces que su lucha ha terminado, que su iniquidad ha sido quitada, que ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. Una voz clama: Preparad en el desierto camino al Señor; allanad en la soledad calzada para nuestro Dios. Todo valle sea elevado, y bajado todo monte y collado; vuélvase llano el terreno escabroso, y lo abrupto, ancho valle. Entonces será revelada la gloria del Señor, y toda carne a una la verá, pues la boca del Señor ha hablado. Una voz dijo: Clama. Entonces él respondió: ¿Qué he de clamar? Toda carne es hierba, y todo su esplendor es como flor del campo. Sécase la hierba, marchítase la flor cuando el aliento del Señor sopla sobre ella; en verdad el pueblo es hierba. Sécase la hierba, marchítase la flor, mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” *Isaías 40:1-8*.

Lo que preparará al ser humano para la gloriosa aparición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo cuando venga a recompensar a cada uno según sus obras, es la aceptación plena del mensaje consistente en que el hombre es nada, y que Dios lo es todo. Suyo es todo el poder, y su palabra obra poderosamente en todo aquel que cree. Las obras que van a resistir la prueba del juicio son las que se efectuaron en Dios. “Toda carne es hierba”, pero hemos visto cómo el poder de Dios se muestra de forma prodigiosa en la hierba. Fue la palabra de Dios la que dijo: “Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla...” *Génesis 1:11*, y esa es la palabra que vive y permanece para siempre, y que se nos predica en el evangelio. Hemos visto

que el poder de esa palabra hace que el diminuto brote de hierba se abra camino hasta llegar a la superficie y a la luz, a pesar de que en su crecimiento se interpongan pesados terrones endurecidos. En esa frágil hoja diminuta se exhibe el poder infinito. De igual forma obra su poderosa palabra en aquellos que la creen de todo corazón. Quien reconoce no ser nada en sí mismo —tan frágil e insignificante como el brote de hierba—, será fortalecido para realizar hechos prodigiosos, y emergerá entre pesados terrones hasta alcanzar la luz del Sol de la presencia de Dios.



## SÉPTIMO DÍA - REPOSAR CON EL SEÑOR

(ÍNDICE)

“Así fueron acabados los cielos y la tierra y todas sus huestes. Y en el séptimo día completó Dios la obra que había hecho, y reposó en el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que Él había creado y hecho” *Génesis 2:1-3*.

“Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó” *Éxodo 20:8-11 (RV 1995)*.

Ese es el gran resumen de la creación, junto al relato de su celebración. Bastó un ordinal para designar cada uno de los seis días de la creación, pero al día que celebra la creación completa se lo honró con un nombre. El nombre del séptimo día es “Sábado”. Eso sirve a un doble propósito. Al dar un nombre al séptimo día se lo distingue del resto, y al numerar los precedentes sin darles nombre se enfatiza el hecho de que el sábado es un día de recurrencia fija y definida. Pero el propio texto especifica cuál es ese día llamado sábado, y lo hace en uno de los seguros mandamientos de Dios que están “afirmados eternamente y para siempre” *Salmo 111:8 (RV 1995)*. Nuestro propósito aquí es llamar la atención a las lecciones espirituales que hemos de aprender a partir de la dádiva del sábado al hombre.

Como sabemos bien, Cristo es el gran Creador. Él es la sabiduría de Dios y el poder de Dios. “Porque en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:16-17*. “Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” *Juan 1:3*. Que Dios hizo los cielos y la tierra en seis días, significa ‘Dios en Cristo’, ya que Cristo es la única manifestación de Dios que el ser humano conoce. Por lo tanto, sabemos que tuvo que ser también Cristo quien reposó el séptimo día una vez completada la obra de la creación, y que fue Cristo quien bendijo el séptimo día y lo santificó. Consecuentemente, el sábado es de la forma más enfática el “día del Señor”.

¿Por qué causa se hizo el sábado? “El sábado fue hecho por causa del hombre” *Marcos 2:27 (RV 1995)*. No fue hecho contra el hombre, sino a su favor. No es un día arbitrario que se le impuso al hombre, algo que el hombre está obligado a guardar simplemente porque Dios lo ordena, sino algo provisto en su beneficio. Es una bendición que Dios otorga al ser humano. Forma parte de “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad”. Es una de las cosas que “nos han sido dadas por su divino poder” *2 Pedro 1:3 (RV 1995)*.

¿Por qué se dio el sábado? El Señor responde así mediante su profeta: “Santificad mis sábados, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová, vuestro Dios” *Ezequiel 20:20 (RV 1995)*. Observa: es una señal mediante la cual las personas han de conocer a Dios. No tiene cabida la suposición de que el sábado tuviera el propósito de distinguir a los judíos del resto de los pueblos. Fue hecho antes de que existieran los judíos. Fue hecho para que se pudiera conocer a Dios; y eso que serviría para permitirles conocer a Dios, serviría para idéntico propósito a todas las naciones. Se le dio a Adán en el principio con el mismo propósito: que pudiera conocer y recordar a Dios.

¿Cómo sería el sábado una señal para que el ser humano conociera a Dios? Encontramos la respuesta en la epístola a los Romanos: “Lo que se conoce acerca de Dios es evidente dentro de ellos, pues Dios se lo hizo evidente. Porque desde la creación del mundo, sus atributos invisibles, su eterno poder y divinidad, se han visto con toda claridad, siendo entendidos por medio de lo creado, de manera que no tienen excusa” *Romanos 1:19-20*. Bastará recordar algunos de los temas abordados anteriormente para comprender cómo se conoce a Dios por sus obras.

Sigue en pie la cuestión: ¿Cómo logra el sábado que conozcamos al verdadero Dios? Nos hemos referido al eterno poder y divinidad del Creador demostrados en las obras de su creación, y al sábado como al gran recordatorio de la creación. El Señor reposó el séptimo día tras seis días de creación, y bendijo y santificó el día séptimo por la razón de que en él reposó de todas sus obras. Leemos: “Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que las quieren. Gloria y hermosura es su obra, y su justicia permanece para siempre. Ha hecho memorables sus maravillas. Clemente y misericordioso es Jehová” *Salmo 111:2-4 (RV 1995)*.

DIOS es lo único que el hombre realmente necesita aprender y conocer en esta vida. El poeta, Alexander Pope, en su ensayo “*An Essay on Man*” puede decirnos que el estudio adecuado de la humanidad es el hombre; pero el Señor nos dice que el estudio adecuado de la humanidad es Dios. “Dice el Señor: No se gloríe el sabio de su sabiduría, ni se gloríe el poderoso de su poder, ni el rico se gloríe de su riqueza; mas el que se gloríe, gloríese de esto: de que me entiende y me conoce, pues yo soy el Señor que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra, porque en estas cosas me complazco —declara el Señor” *Jeremías 9:23-24*. Conociéndolo a él poseemos el más valioso de los conocimientos, puesto que él es la verdad y toda la verdad. Jesucristo es la sabiduría de Dios, y en él “están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” *Colosenses 2:3*.

El sábado tiene el propósito de fijar en la mente el poder creador de Dios, que es su característica distintiva. Pero el poder creador es el poder del evangelio; por consiguiente, al rememorar la creación, el sábado rememora igualmente la redención. Cristo es el Redentor debido a que todas las cosas fueron creadas en él. Cristo concede al ser humano la gracia de Dios mediante su poder creador. El poder que salva al hombre es el poder que creó los cielos y la tierra. En consecuencia, cuando el salmista afirma que el Señor hizo un memorial para sus obras

maravillosas, añade inmediatamente: “Clemente y misericordioso es Jehová”. La gracia del Padre se revela en Cristo. “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” *Juan 1:14*. Imparte su gracia “para la ayuda oportuna” *Hebreos 4:16*, mediante el mismo poder excelso y misterioso por el que creó la tierra, el mismo poder por el que los rayos del sol significan vida para las plantas de la tierra.

Observa que hay una relación inseparable entre Cristo y el sábado. Todas las cosas fueron creadas mediante Cristo, y todas ellas subsisten en él. Pero las obras de Dios revelan su eterno poder y Deidad, y Cristo es el poder de Dios, habitando en él toda la plenitud de la divinidad corporalmente. Por consiguiente, las obras de la creación muestran el poder y divinidad del Señor Jesucristo. El sábado es el gran memorial de las maravillosas obras de Dios en Cristo; por lo tanto, es la gran señal de la divinidad de Cristo. Guardar el sábado tal como Dios lo estableció en la creación es reconocer la divinidad de Cristo, y es recibir el beneficio que deriva de su divinidad.

Así lo indican las palabras de Cristo a los fariseos, quienes lo acusaron falsamente a él y a sus discípulos de quebrantar el sábado por el hecho de haber satisfecho su hambre en sábado, y por haber sanado a un enfermo en ese día. Dijo: “El Hijo del hombre es Señor del sábado” *Mateo 12:8 (RV 1995)*. Que Cristo sea el Señor del sábado no es un asunto menor. Ser el Señor del sábado significa que él es el Creador de los cielos y la tierra, que es el Señor de todo.

Hay una bendición especial ligada al sábado. Ciertamente, muchos que profesan guardar el sábado no reciben esa bendición; pero es así porque realmente la desconocen. La Escritura afirma que el Señor bendijo el día de sábado y lo santificó. Bendijo *el día*. No hay en la semana día alguno en el que *el ser humano* no pueda recibir la bendición del Señor. De hecho, ambos, buenos y malos son los destinatarios de las bendiciones del Señor diariamente. Ciertamente quienes buscan al Señor encontrarán bendiciones especiales en todo momento, ya que el Señor está siempre cercano, y está pronto a bendecir. Pero hay una bendición que acompaña al día de sábado, que en ninguna otra parte se la puede encontrar. Es la bendición del sábado. Dios ha puesto su bendición sobre el sábado, y esa bendición del sábado sólo se la encuentra en el sábado. No es posible encontrar algo allí donde no está. La bendición del sábado no se puso en ningún día, excepto en el séptimo; por consiguiente, no se la puede encontrar en ningún otro día distinto al sábado.

¿Cuál es el propósito de esa bendición? El mismo que el de toda bendición del Señor: “Para vosotros en primer lugar, Dios, habiendo resucitado a su Siervo, le ha enviado para que os bendiga, a fin de apartar a cada uno de vosotros de vuestras iniquidades” *Hechos 3:26*. Dios bendice a los seres humanos, no porque sean buenos, sino a fin de que lleguen a serlo. Todas sus bendiciones tienen el propósito de apartarlos del pecado trayéndolos a sí. Si los seres humanos conocen ya al Señor, las bendiciones que les otorga tienen el propósito de atraerlos aún más cerca de él. Tal es el caso con el sábado. Es para llevar a los hombres a Dios, al recordarles su bondad y su poder lleno de gracia. El poder de la creación es el poder

de Cristo. Dios ha dispuesto que Cristo sea “para nosotros sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención” *1 Corintios 1:30*. El poder por el que él nos da esos dones es el poder por el que creó los mundos. Así, vemos un significado más profundo en las palabras del Señor: “Les di también mis sábados para que fueran por señal entre yo y ellos, para que supieran que yo soy Jehová que los santifico” *Ezequiel 20:12 (RV 1995)*. La bendición del sábado es la bendición de la santificación. Siendo el sábado un memorial de la creación de Dios, nos da a conocer el poder de Dios para hacernos nuevas criaturas en Cristo.

La palabra “sábado” significa *reposo*. Sábado (sabat) es la palabra hebrea no traducida [sino transliterada] que se traduce *reposo*. Así, cuando leemos en el texto hebreo: “El séptimo día es *el sábado* para el Señor tu Dios”, equivale a: “El séptimo día es el *reposo* para el Señor tu Dios”. Eso será evidente al recordar la declaración: “Dios ... reposó en el día séptimo de toda la obra que había hecho” *Génesis 2:2*.

Es necesario recordar que se nos llama a guardar el *sábado del Señor*. En nuestros días oímos frecuentemente expresiones como “el sábado judío”, “el sábado continental”, “el sábado puritano”, “el sábado americano”, “el sábado cristiano”, etc.; pero el único sábado del que la Biblia habla textualmente, es “el sábado del Señor tu Dios” *Éxodo 20:10 (KJV)*. “En verdad vosotros guardaréis mis sábados” *Éxodo 31:13 (RV 1995)*. El Señor se refiere al sábado en estos términos: “Mi día santo” *Isaías 58:13*. Por consiguiente, es el reposo del Señor el que se nos llama a guardar. No se trata de abstenernos simplemente de nuestra propia obra en el día en que el Señor reposó, sino de guardar *su reposo*. ¿Qué significa? Examinémoslo.

El Salvador nos dice que “Dios es Espíritu” *Juan 4:24*. No es uno entre muchos espíritus, sino que él es *el Espíritu*. Es un Ser espiritual, no material. ¿Significa eso que es solamente una sombra? —No, ciertamente. Lo único que es perdurable es lo espiritual. Dios es sustancia, pues leemos que Cristo es “la imagen misma de su sustancia” *Hebreos 1:3 (RV 1995)*. Solemos albergar la idea equivocada de que lo espiritual no es real, pero “si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual” *1 Corintios 15:44*. El cuerpo de Cristo tras haber resucitado —el cuerpo con el que ascendió al cielo— era ciertamente un cuerpo espiritual; no obstante, era real y tangible. No podemos explicar qué es un cuerpo espiritual, pero sabemos que es infinitamente superior y más perfecto que nuestros cuerpos físicos. No está sujeto a las limitaciones propias de los cuerpos naturales como los conocemos.

Dios es Espíritu, por consiguiente, el reposo que guardó tras la creación fue un reposo espiritual. No hubo tal cosa como cansancio en la creación de la tierra. “El Dios eterno, el Señor, el creador de los confines de la tierra no se fatiga ni se cansa” *Isaías 40:28*. La creación no fue una obra física, fue totalmente espiritual. Dios habló, y existió. Y su palabra es espíritu. Por consiguiente, guardar el reposo del sábado significa disfrutar de un reposo espiritual. El sábado no tiene por propósito el mero reposo físico, sino el espiritual. Tiene un significado más profundo que el que comúnmente se le atribuye. Ciertamente, se nos amonesta a abstenernos de nuestras labores cotidianas en ese día, pero el cese en la actividad física en el día de sábado



es en realidad un emblema del reposo espiritual que Dios da a quienes lo aceptan como al Creador de todas las cosas. Sin reposo espiritual no hay verdadera observancia del sábado. El Señor declara en *Isaías 58:13-14* que aquel que aparta su pie para no hacer lo que le plazca en el sábado, llamándolo delicia, día santo del Señor y honorable, se deleitará en el Señor. Uno puede abstenerse de trabajar en el séptimo día tan escrupulosamente como los fariseos. No obstante, si no conoce y no se deleita en el Señor Jesucristo, no está guardando el sábado del Señor. El único reposo del sábado se encuentra en Cristo.

No se debe olvidar que el sábado le fue dado al hombre en el Edén antes que el pecado entrara en el mundo. A Adán se le había asignado una tarea física, pero que no era extenuante. El trabajo no es parte de la maldición, pero sí lo es el cansancio resultante del trabajo. Fue solamente tras la caída, cuando se le dijo a Adán: “Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer y has comido del árbol del cual te ordené, diciendo: «No comerás de él», maldita será la tierra por tu causa; con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y abrojos te producirá, y comerás de las plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás” *Génesis 3:17-19*. Eso se le dijo porque había pecado. Si hubiera permanecido leal a Dios, la tierra habría producido generosamente sólo lo que es bueno, y trabajarla habría sido un placer. No obstante, se habría guardado el sábado: no como un descanso para el cuerpo fatigado —pues nunca se daría el cansancio—, sino como un tiempo de deliciosa comunión con Dios.

Podemos aprender aquí una lección práctica en relación con la legislación sabática. Si el sábado se hubiera dado solamente con el propósito de proveer reposo físico para que el hombre pudiera remprender el trabajo con nuevo entusiasmo la siguiente semana en procura de riqueza, habría alguna base para que un gobierno legislara sobre el reposo sabático. Pero teniendo presente que el reposo del sábado es un reposo espiritual, para todos debiera ser evidente la inconsistencia de obligar a alguien a que guarde el sábado. Lo espiritual pertenece al Espíritu de Dios. Puesto que el reposo del sábado es de carácter espiritual, es el tipo de reposo que sólo el Espíritu de Dios puede dar. Y ciertamente el Espíritu de Dios no está sujeto a legislación parlamentaria o a decretos judiciales. Incluso si el séptimo día de la semana (el sábado que el Señor bendijo y santificó, el día que sigue al viernes) fuera el día cuya observancia se intentara imponer por ley, el resultado sería el mismo. Dios no emplea la coacción, y no ha autorizado a ningún hombre ni a ninguna organización humana para que la ejerza en su lugar. El sábado es *para* el hombre. Es la gran bendición que Dios ha otorgado al hombre. Es lo que le muestra el poder por el que puede ser salvo. Por consiguiente, obligar a alguien a que guarde el sábado sería equivalente a obligarlo a ser salvo. Cristo declara que a todos *atraerá* a sí mismo (*Juan 12:32*), pero jamás los coacciona. Él es el Buen Pastor, y como tal va delante de sus ovejas y las guía con su voz, no con un garrote.

Está claro que el objeto del día de sábado no es la mera recuperación corporal, y que evitar solamente el trabajo físico no constituye de forma alguna la esencia de la observancia del sábado. No obstante, en el séptimo día se prescribe la cesación completa de nuestro propio trabajo del tipo que sea. No solamente para darnos la oportunidad de contemplar las obras de Dios sin interrupción, sino para grabar una lección muy necesaria de confianza en Dios. Cuando cesamos en nuestras labores mediante las cuales ganamos el sustento, se nos recuerda el hecho de que Dios es quien nos provee no sólo las bendiciones espirituales, sino también todas nuestras necesidades temporales.

De esa forma reconocemos que, si bien en obediencia a su mandamiento trabajamos los seis días para ganar nuestro pan cotidiano, somos tan dependientes de Dios como si no hubiéramos trabajado en absoluto.

Por consiguiente, la comprensión adecuada del sábado y de su propósito debiera despejar por siempre la duda que frecuentemente se suscita en las mentes de quienes están convencidos de que debieran obedecer a Dios observando el sábado. Esta es la cuestión: ‘Si guardo el sábado, ¿cómo me voy a ganar la vida? Sin duda perderé mi puesto de trabajo, y dado que comparativamente tan poca gente guarda ese día, que es el día laboral principal de la semana, no podré encontrar trabajo. ¿Qué puedo hacer?’ Afirmo que aquel que conoce la naturaleza y propósito del sábado nunca se planteará una cuestión como esa, pues sabe que el propio sábado da la respuesta. La idea esencial al guardar el sábado es la perfecta confianza en Dios, cuyo poder creó el universo de la nada, que lo sustenta desde entonces, y cuyo amor hacia sus criaturas corre paralelo con su poder para procurarles el bien.

Quedará igualmente resuelta la cuestión —o más bien evitará que se suscite—, de si alguien debiera en una situación extrema cosechar en sábado, por ejemplo, cuando hacer tal cosa pareciera ser la única forma de asegurar la recolecta. Quien comprenda el significado del sábado sabrá que sólo Dios puede hacer que el cereal madure, sabrá que él es absolutamente capaz de protegerlo, o bien de hacer amplia provisión de otro modo si es que resultara malogrado. Ahora bien, todos comprenderán que la perfecta observancia del sábado es compatible con prestar cuidado a todas las necesidades de los afligidos, ya que el propio sábado nos recuerda que Dios es “clemente y compasivo” *Salmo 111:4*.

“Por tanto, temamos, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque en verdad a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva, como también a ellos; pero la palabra que ellos oyeron no les aprovechó por no ir acompañada por la fe en los que la oyeron. Porque los que hemos creído entramos en ese reposo, tal como Él ha dicho: Como juré en mi ira: «No entrarán en mi reposo», aunque las obras de Él estaban acabadas desde la fundación del mundo. Porque así ha dicho en cierto lugar acerca del séptimo día: «Y Dios reposó en el séptimo día de todas sus obras»; y otra vez en este pasaje: «No entrarán en mi reposo». Por tanto, puesto que todavía

falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes antes se les anunció la buena nueva no entraron por causa de su desobediencia, Dios otra vez fija un día: Hoy. Diciendo por medio de David después de mucho tiempo, como se ha dicho antes: «Si oís hoy su voz no endurezcáis vuestros corazones». Porque si Josué les hubiera dado reposo, Dios no habría hablado de otro día después de ese. Queda, por tanto, un *reposo sabático* [original: *sabatismos*] para el pueblo de Dios. Pues el que ha entrado a su reposo, él mismo ha reposado de sus obras, como Dios reposó de las suyas” *Hebreos 4:1-10 (traducción revisada)*.

Es evidente que el reposo referido aquí es el reposo que aguarda al pueblo de Dios en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Es el reposo en la tierra renovada que los antiguos judíos no alcanzaron debido a su incredulidad. Lo que recibieron en la tierra de Canaán fue sólo una sombra del auténtico reposo que Dios les prometió. El mismo evangelio del reino que se nos predica a nosotros, se les predicó primeramente a ellos. Pero ¿qué tiene que ver el séptimo día con ese reposo eterno en el reino de Dios? Analicémoslo.

Como ya hemos visto, el sábado es el memorial recordatorio de la creación. Pero no olvidemos que el sábado fue dado en aquel tiempo en que “*vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera*” *Génesis 1:31*. Por consiguiente, el sábado conmemora una creación perfecta. Nos recuerda que la tierra no siempre estuvo en la condición en que la vemos ahora. Por consiguiente, dado que la palabra de Dios no puede fallar, y que todo propósito suyo será finalmente cumplido, con igual seguridad de que el sábado nos recuerda una creación perfecta y completa para la morada del hombre, nos asegura que la tierra va a ser renovada y preparada como habitación para quienes hayan sido preparados para la herencia de los santos en luz.

“Avergonzados y aun humillados serán todos ellos; los fabricantes de ídolos a una se irán humillados. Israel ha sido salvado por el Señor con salvación eterna; no seréis avergonzados ni humillados por toda la eternidad. Porque así dice el Señor que creó los cielos (Él es el Dios que formó la tierra y la hizo, Él la estableció y no la hizo un lugar desolado, sino que la formó para ser habitada): Yo soy el Señor y no hay ningún otro” *Isaías 45:16-18*.

Dios hizo la tierra y puso al hombre en ella. El hombre era perfecto cuando fue creado; por lo tanto, el propósito de Dios era poblar la tierra por una raza de seres perfectos. Les dio el sábado para que recordaran a su Creador y retuvieran así su perfección. No se trataba simplemente de perfección física, sino también espiritual. En la perfección de su carácter, el ser humano fue hecho a imagen de Dios. Debía observar el sábado como recordatorio de la perfección espiritual que había recibido de Dios, y que sólo mediante Dios podría preservar. Es a esa condición perfecta a la que el Señor va a restaurar la tierra, y mediante el evangelio está perfeccionando a un pueblo para que habite esa tierra restaurada. Aunque el hombre cayó y la tierra se contaminó, el sábado aún perdura como un fragmento del Edén, siendo tanto un recordatorio para el hombre de lo que Dios dispuso en el

principio, como un medio para elevarlo hasta alcanzar esa elevada posición, de forma que pueda disfrutar la tierra una vez restaurada.

Por consiguiente, ese reposo que todavía está pendiente es la tierra renovada y el Edén restaurado. “Las obras de Él estaban acabadas desde la fundación del mundo” *Hebreos 4:3*. Es decir: tan pronto como la tierra fue creada, hubo reposo para el hombre. Al ser humano se le asignó una tarea, pero no era una labor agotadora. Esta es una traducción estrictamente literal de *Génesis 2:15 (YLT)*: “Jehová Dios tomó al hombre, y le hizo reposar en el jardín de Edén para que lo sirviera y cuidara”. Dios dio al hombre reposo en aquella tierra que estaba lista para su disfrute. Así lo demuestran las palabras: “En el séptimo día completó Dios la obra que había hecho, y reposó en el día séptimo de toda la obra que había hecho” *Génesis 2:2*. Por lo tanto, al hombre se le dio el sábado como señal de que iba a reposar con el Señor por toda la eternidad. Es decir: iba a disfrutar de reposo espiritual, de perfecta ausencia de todo pecado.

Durante seis días Dios había estado pronunciando las palabras que trajeron la tierra a su condición perfecta. Entonces reposó: ceso de hablar. Y su palabra que había pronunciado, la palabra que vive y permanece para siempre, continuó sustentando aquella creación. Por consiguiente, Dios reposó en su palabra. Podía reposar de su obra creadora en la perfecta confianza de que su palabra sostendría el universo. Por consiguiente, cuando guardamos el sábado del Señor estamos apropiándonos del reposo provisto al apoyarnos confiadamente en las promesas de Dios.

Es así como “los que hemos creído entramos en ese reposo”, “pues el que ha entrado a su reposo, él mismo ha reposado de sus obras como Dios reposó de las suyas” *Hebreos 4:3 y 10*. Antes de que el hombre acepte plenamente la simple palabra del Señor, todo proviene del yo. Las obras de la carne son solamente pecado, e incluso aunque los seres humanos profesen servir a Dios y tengan ferviente deseo de obrar el bien, sus propias obras en procura de ello son fracasos. “Como trapo de inmundicia [son] todas nuestras obras justas” *Isaías 64:6*. Pero cuando comprendemos el poder de la palabra de Dios y conocemos que él es capaz de elevar a quienes confían en él, cesamos en nuestras propias obras y permitimos que Dios obre en nosotros tanto el querer como el hacer según su buena voluntad (*Filipenses 2:13*). Entonces todas nuestras obras son hechas en Dios, y son rectas. Eso es verdadero reposo. El reposo que viene al reconocer que la salvación no proviene de nosotros mismos, sino de la palabra que hizo los cielos y la tierra, y de saber que esa es la palabra que los sostiene, ese es el reposo que nos trae el sábado cuando lo guardamos tal como el Señor ha dispuesto.

Observa: hemos de recordar el día de sábado *para santificarlo*. Es santo, y así hemos de guardarlo. No lo convertimos en santo. Eso sería imposible. Sólo Dios puede hacerlo. Ninguna acción nuestra puede aumentar o disminuir la santidad del sábado. Y de ninguna forma podemos hacernos santos —santificarnos— a fin de poder guardarlo apropiadamente. Eso está fuera de nuestro alcance. Pero el mismo poder que santificó el día del sábado nos santificará a nosotros. Ese poder es el

poder que creó el universo. El poder por el que hemos de ser santificados es poder creador, y Cristo es el Creador, “el cual se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención” *1 Corintios 1:30*. Dios nos ha dado el sábado —el memorial de su poder creador— para que sepamos que es él quien nos santifica *Éxodo 31:13*.

Ese es el reposo que Cristo da a todos los que acuden a él. Dice: “Venid a mí todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas” *Mateo 11:28-29*. Hemos de ir a él y reposar en su palabra, que es la que sostiene el universo. Eso es lo que el sábado significa. Conmemora la creación, pero la redención es simplemente el poder que creó todas las cosas, obrando para restaurarlas. Por consiguiente, el sábado representa la expresión más plena del evangelio.

Hemos visto que el sábado se dio en el Edén, y que forma parte de ese reposo en el que entró el Señor. Cuando se lo guarda en espíritu y en verdad resulta ser un fragmento del Edén preservado en nuestro favor, a pesar de todos los cambios acaecidos tras la maldición. “Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso” “no la creó en vano, sino para que fuera habitada” (*Isaías 45:18, RV 1995*), habitada por el mismo tipo de humanidad que puso en ella al principio. Por consiguiente, eso es lo que finalmente sucederá. Así, el sábado no es solamente una parte del Edén original que se ha preservado en nuestro beneficio, sino que se identifica con el reposo del que disfrutarán los santos de Dios eternamente. El cielo comienza ciertamente en la tierra para quienes aceptan plenamente al Salvador, para quienes se entregan a él sin reserva. El sábado, ese fragmento del paraíso, puentea el abismo entre el Edén perdido y el Edén restaurado, siendo el memorial del primero y la prenda o garantía del segundo.

¿No es entonces el sábado verdaderamente una delicia? ¿Podrá alguien que comprenda lo que significa el sábado considerarlo de otra manera que no sea una bendición? El hombre de Dios nos dejó un “Cántico para el sábado”, como se lee en el encabezamiento del Salmo 92 en el texto hebreo: “Bueno es alabarte, Jehová, y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo; anunciar por la mañana tu misericordia y tu fidelidad cada noche, con el decacordio y el salterio, en tono suave, con el arpa. Por cuanto me has alegrado, Jehová, con tus obras; en las obras de tus manos me gozo” *Salmo 92:1-4*. Hemos de ser fuertes en el Señor y en el poder de su fortaleza. Hemos de ser “más que vencedores por medio de aquel que nos amó” *Romanos 8:37*. Por lo tanto, cuando nos vemos asediados por la tentación, todo cuanto hemos de hacer es recapacitar en el poder de Dios: el poder que hizo los mundos a partir de la nada, y saber que está dispuesto a la obra de liberarnos con tal que lo aceptemos. Nada hay que sea difícil para el Señor ni que se pueda oponer exitosamente a él. Todas las huestes de Satanás juntas carecen de poder en su empeño por batallar contra el Señor, quien ha “despojado a los poderes y autoridades” *Colosenses 2:15*. Por consiguiente, la victoria ya es nuestra cuando



reposamos en ese poder. Las cosas que Dios ha creado nos recuerdan su poder, y de esa forma triunfamos en las obras de sus manos. Esa gloriosa victoria es la que el sábado tiene por fin traernos.



Por lo tanto, siendo el sábado la señal de una creación perfecta, es el sello de la nueva criatura en Cristo. Es el sello de Dios ministrado por el Espíritu de Dios. Teniendo su origen en el paraíso y formando parte del reposo del paraíso, muestra que quienes lo guardan en espíritu — no meramente en la forma— están destinados mediante el gran poder de Dios a ocupar un lugar en el paraíso. Y en las edades venideras, cuando el Edén sea restaurado, toda carne se reunirá “de sábado en sábado” para adorar a Dios cuyo amor, poder y bondad en Cristo los llevaron a participar de las glorias de su Presencia (*Isaías 66:22-23*). Y cuando se reúnan en esos triplemente bendecidos sábados, cantarán: “El Cordero que fue inmolado digno es de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza” *Apocalipsis 5:12*. Pero la hueste redimida no estará sola en sus alabanzas. Todas las obras de Dios lo alaban incluso ahora, mientras gimen esperando su redención. Pero entonces, habiendo sido quitada hasta la última traza de maldición, y una vez que el evangelio haya restaurado la creación original, “toda cosa creada que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y todas las cosas que en ellos hay” dirán en perfecta unidad y a una sola voz: “Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el dominio por los siglos de los siglos” *Apocalipsis 5:13*. Amén.

[www.libros1888.com](http://www.libros1888.com)

[www.libros1888.org](http://www.libros1888.org)

